



# *La aventura del Espíritu*

## Índice

<b>Presentación</b>	<b>3</b>
<b>Retiro</b>	<b>5</b>
<b>Formación</b>	<b>17</b>
<b>Comunicación</b>	<b>35</b>
<b>Vida salesiana</b>	<b>41</b>
<b>Claroscuros</b>	<b>44</b>
<b>Pastoral Juvenil</b>	<b>48</b>
<b>La Solana</b>	<b>59</b>
<b>El Anaquel</b>	<b>65</b>
<b>El Anaquel: Jubileo de la Misericordia</b>	<b>67</b>
<b>El Anaquel: Año de la Vida Consagrada</b>	<b>78</b>

Revista fundada en 2000

Tercera época

Dirección: Mateo González

✓ [forum@salesianos.es](mailto:forum@salesianos.es)

Jefe de redacción: José Luis Guzón

Equipo asesor: Juan José Bartolomé, Segundo Cousido, Carlos Rey, Jesús Rojano, Óscar Bartolomé, Samuel Segura y Xulio César Iglesias.

Depósito Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681

# 🎯 Presentación

## *La aventura del Espíritu*

### **Redacción**

Este nuevo número de Forum.com del 24 de noviembre, día de la Noche Santa de Navidad, nos sirve de pórtico de entrada en el Año nuevo y en el mes de Don Bosco. Es por ello que el mensaje del Rector Mayor a través de su aguinaldo para toda la Familia Salesiana –cuyo adelanto de propuesta pastoral publicamos en nuestra sección “El Anaquel”, a la espera del comentario completo que llegará el próximo 31 de diciembre– abre nuestra portada.

El lema del Aguinaldo 2016 es una invitación viva y directa: “¡Con Jesús, recorramos juntos la aventura del Espíritu!” Y es el mismo Jesús quien se acerca y acompaña a un joven que tienen en su camiseta –y quizá en su corazón– un rostro de Don Bosco quien se haya en el centro de la imagen de dicho Aguinaldo. Al joven le siguen muchas personas más, destacando una familia en primer término. Parece que vienen de la celebración del Bicentenario de la muerte de Don Bosco en el Colle Don Bosco. Esta celebración es un buen impulso para no quedarnos parados y recorrer el camino que el Espíritu nos marca en este momento de la historia, doscientos años después.

Este diseño, del español David González Arjona (Artia Comunicación) intenta reflejar toda la realidad de la Familia Salesiana, siempre en camino. En palabras del vicario del Rector Mayor, Francesco Cereda, “el *camino* de un pueblo, que comienza con nuestro humilde origen en la aldea de I Becchi, se convierte en una marea de gente. ¡Somos numerosos! Toda la Familia Salesiana, los jóvenes, los laicos, avanzamos todos juntos y nos alegra hacerlo así”.

Pero este camino, advierte Cereda, es con Jesús que “es la dirección del camino y nosotros nos orientamos hacia Él. Jesús va abriendo camino, Él nos indica la ruta, porque Él mismo es el camino”. “Con una mano, Jesús invita al joven a caminar con Él y a seguirlo, y con la otra le ofrece

su apoyo y cercanía. De esta manera, Jesús expresa afecto y se revela como el “rostro de la misericordia”.

Y una de las claves de novedad del mensaje de este aguinaldo es, quizá, que este camino se torna en aventura del Espíritu. “El Espíritu es una presencia discreta y silenciosa, desapareciendo para no ser notado, dejando a Jesús todo el protagonismo. Tu “no sabes de dónde viene y dónde va, porque sopla donde quiere”. Su hálito es imperceptible, y sin embargo anima y da vida. No lo vemos, pero está presente”, escribe Cereda.

En este tiempo “entre capítulos”, podríamos decir, estrenamos una nueva sección. En las próximas diez ediciones de Forum.com ofreceremos las reflexiones del salesiano Miguel Ángel Calavia a partir de algunas propuestas del Capítulo General. Testigos del Dios en el claroscuro de la vida, ha titulado a sus reflexiones que podremos encontrar en la sección “Claroscuros”. Este nuevo apartado se abre precisamente con una “declaración de intenciones”.

En esta noche celebramos el inicio de este camino abierto por Jesús, a él acudimos ya desde ahora para que acompaña la aventura de nuestra vida.

*“Oh Dios, que has iluminado esta noche santa con el nacimiento de Cristo, la luz verdadera, concédenos gozar en el cielo con el esplendor de su gloria a los que hemos experimentado la claridad de su presencia en la tierra”.*  
(Oración colecta, Misa de la noche de Navidad)

Sirva este ruego al Padre como felicitación de Navidad a todos nuestros lectores y como deseo de que el nuevo año esté lleno de bendiciones. Un año en el que este subsidio espera seguir acompañándoos fielmente cada mes.

¡Feliz Navidad!

## *Perfil del educador salesiano desde el Cuadro de Referencia de la PJS*

La Congregación salesiana, en el CG 26, pidió al Consejo General una relectura y actualización del Cuadro de referencia de la PJS, para seguir dando unidad a la realización de la misión salesiana en el trabajo educativo-pastoral en todo el mundo salesiano. Fruto de esta relectura, tras una amplia consulta ha surgido desde el Dicasterio el libro “La Pastoral Juvenil Salesiana-Cuadro de referencia”.

Uno de los objetivos de estos años del post CG 27 es el conocimiento y asimilación, por parte de salesianos y seglares, de este cuadro de referencia como el marco que responde, en todos los contextos culturales e históricos, a la forma de evangelizar a los jóvenes desde el carisma salesiano. A este conocimiento quiere responder un poco este material, ofrecido como posible retiro para la comunidad, y si es posible, compartiéndolo con el resto de educadores de la obra y la Familia Salesiana.

Normalmente, programado con detalle la tarea de educación-evangelización que vamos a desarrollar: la campaña de pastoral, las iniciativas, las responsabilidades, los equipos... Dedicamos probablemente horas y horas en las programaciones curriculares, a la preparación de reuniones o de clases, de encuentros formativos para animadores o profesores, para catequistas,...¿Cuánto tiempo dedicamos a mirarnos a nosotros mismos, a motivarnos personalmente y vocacionalmente para nuestra tarea?

Este material de retiro es una invitación a revisar y renovar nuestro ser educadores desde las orientaciones que nos ofrece la Congregación Salesiana en este Cuadro de Referencia de la Pastoral Juvenil Salesiana. No olvidemos que educamos más por lo que somos y testimoniamos que por lo que hacemos y trabajamos. En esta línea también se mueve la congregación, convencida cada vez más que sólo de educadores-evangelizadores que viven la educación como una vocación, y viven la evangelización como creyentes unidos a Cristo, se puede esperar una evangelización que dé frutos en los jóvenes, nuestros destinatarios.

El libro de “La PJS-Cuadro de referencia” tiene ocho capítulos. Cada uno de ellos viene encabezado por un dibujo. Son ocho dibujos, todos del mismo autor, con un estilo parecido, que quieren servir de pórtico y de icono sugerente del contenido de

dicho capítulo. Al final del libro, se reproducen en pequeño dichos dibujos, acompañados de una explicación simbólico-carismática de su significado.

En esta reflexión, se ha optado por servirse del guion de dichos dibujos para identificarlos con ocho sustantivos que pueden definir al educador-evangelizador (salesiano o seglar) con espíritu salesiano, en cualquiera de los ambientes de nuestra misión (escuela, parroquia, centro juvenil, plataforma social). Sustantivos que pueden servir para definir su ser educador-evangelizador creyente; que desde su hacer en la misión educativa reflejan su experiencia profunda de Dios, desde el paradigma de Don Bosco y en la más pura tradición salesiana.

Se ofrece pues, a partir de los correspondientes dibujos, una breve reflexión a estos ocho núcleos del ser del educador-evangelizador salesiano. Cada una de estas partes contiene una reproducción del dibujo, un pequeño comentario del mismo, y una reflexión sobre el rasgo correspondiente del educador- evangelizador, con unas preguntas finales para la reflexión personal.

## 1.- Buen Pastor



*La vida está hecha de encuentros. El Señor se pone delante de nosotros como un pastor. La oveja, un joven en la misión salesiana, ha encontrado a uno que no la desprecia. Alguien que se “contagia” con sus mismos colores y olores: “pastor que huele a oveja”. Una invitación: estar con Jesús, para aprender de él cómo es el corazón de Dios, su compasión. Aquello que el Buen Pastor ofrece a la gente, en primer lugar, la compasión. Su mirada va a captar el cansancio, las pérdidas, la fatiga de los suyos (el rebaño, parte inferior del icono). Su*

*vida entregada para el bien del rebaño, sus palabras pronunciadas para acompañar. Para él, lo primero de todo es la persona, la salud profunda del corazón. La primera cosa que los discípulos aprenden de Jesús es la de conmoverse simplemente, divinamente. ¡Un sentimiento divino y tan salesiano! La conmoción es la respuesta justa, no pasa nunca, como las cuatro estaciones (cuatro árboles, detrás del joven). Vivamos la vida y la cultura de los jóvenes para no privarles de nuestra compasión.*

“El Divino Salvador ha venido del cielo a la tierra para reunir a todos los hijos de Dios, dispersos en las diferentes partes de la tierra (Jn 11, 52). Estas palabras se pueden aplicar literalmente a la juventud de nuestros días, esa porción que es la más delicada y preciosa de la sociedad (...) eso es lo que siempre entendí que quería hacer en la obra de los Oratorios, y que espero continuar hasta el último aliento de mi

vida” (Don Bosco). Durante toda su vida, Don Bosco alimentó el sueño de Jesús, Buen Pastor: lograr un solo rebaño y un solo pastor.

Esta labor de encuentro personal, de unidad, no se puede lograr desde la dinámica de la conquista, el poder, la imposición por la fuerza. Sino desde la dinámica del Buen Pastor, la imagen evangélica tan querida por Jesús y aplicada a sí mismo que “conquista, sí, pero con la mansedumbre y la entrega de sí mismo” (C 11), viviendo desde la compasión la relación educativa.

Este deseo de unidad sólo se puede alimentar en el educador-evangelizador Buen Pastor, desde una plena identificación entre su ser y su hacer. Desde estas profundas experiencias:

- sentirse amado incondicionalmente por Dios,
- sentir que Dios ama incondicionalmente a cada uno de los jóvenes que tiene delante, sus ovejas, miembros de su rebaño.
- sentir la necesidad de demostrarles, con mansedumbre y entrega total, que Dios les ama y que ellos están invitados a ser felices experimentando el amor de Dios en sus vidas.
- y todo ello, con la compasión y la urgencia del Jesús Buen Pastor, que surge de contemplar cómo los jóvenes andan dispersos, como ovejas que no tienen pastor.

**Para la reflexión:** ¿Nos sentimos amados por Dios? ¿Sentimos en nuestra propia carne la dispersión y el abandono en que viven muchos de nuestros jóvenes? ¿Nos crea esto “compasión y urgencia de dar respuestas” convirtiéndonos en sus buenos pastores? ¿En quién o qué podemos estar delegando el pastoreo de la vida de nuestros jóvenes?

## 2.- Hombre de comunión



*Jesús rezó por sus discípulos y por todos los que creerían en él, en todo tiempo y en todo lugar (cielo estrellado). Rezó entonces también por las personas de nuestra época, también por nuestros jóvenes. Gente cansada en el desierto, que ha caminado bajo el sol, sin orientación, con la cara quemada por la fatiga, el dolor, el cansancio... Gente que lo busca, porque desea escucharlo. Jóvenes que buscan el descanso verdadero, que tienen necesidad de palabras de salvación, palabras eternas, palabras que permanecen... caminan hacia el Señor (el cáliz, entre la tierra y el cielo). Las manos de Dios se estiran para reunir y acariciar a los hijos dispersos. Nos corresponde a nosotros mantener la esperanza, haciendo de manera que puedan experimentar la acción providente de Dios. Él es una brisa de comunión que nos empuja los unos hacia los otros.*

Don Bosco no estuvo nunca solo trabajando por los jóvenes: siempre necesitó de colaboradores, sacerdotes y seculares. Y cuando pensó en organizar institucionalmente la comunidad de salesianos como los “signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes”, no pensó solo en una congregación para los jóvenes, sino también con los jóvenes. De hecho, la fundó con un grupo de 17 jóvenes con edades entre los 17 y los 24 años.

Todo ser humano es un ser social y tiene una vocación de comunión. En el caso del educador- evangelizador con estilo salesiano, este ser hombre de comunión tiene dos significados esenciales:

\*que su tarea la realiza como delegado o en nombre de una comunidad que lo envía / en comunión con toda la Comunidad Educativa a la que pertenece / y no como un excelente profesional (que puede serlo incluso) aventurero, sino dentro de un proyecto compartido.

\*que su tarea la realiza no solo para los jóvenes, sino con los jóvenes: contando con ellos, dándoles protagonismo, haciéndoles protagonistas de su propia maduración, ayudándoles a integrarse en esa comunión más amplia de personas que llamamos sociedad e Iglesia.

Y así tenemos al educador salesiano, hombre de comunión, de equipo, de grupo. Trabajar juntos ayuda a la comunión de las personas. Trabajar juntos, aunque eso suponga ir más despacio, pero consiguiendo que nadie quede en la cuneta, derrotado. Trabajar coordinados, para que el joven no reciba mensajes contradictorios. Trabajar apoyándonos unos a otros, para evitar ante los jóvenes protagonismos exclusivistas. El educador salesiano es hombre de comunión en la comunidad educativo- pastoral. Que sabe alimentar el trabajo compartido, la asunción de criterios comunes, la unión con el resto de educadores no sólo como estrategia laboral o pedagógica, sino como experiencia de equipo de trabajo y de iglesia, comunidad de creyentes implicados en una misión juvenil salvadora. Y que sabe implicar a los jóvenes e implicarse con ellos como protagonistas de su propia vida y como garantes de la verdad de nuestro ser educadores salesianos, de nuestra vocación.

**Para la reflexión:** ¿Voy creciendo en mi capacidad de trabajar en equipo y desde un proyecto? ¿Caigo en la tentación del protagonismo entre mis educandos, del centrar la labor educativa en mi persona? ¿Soy fiel a las indicaciones de la dirección del centro? ¿Me coordino sin problema con el resto de educadores? ¿Doy protagonismo a los jóvenes en su crecimiento personal?

### 3.- Buscador de felicidad



*Jesús atraviesa la tierra de los samaritanos, forastero en medio de gente de otra tradición y religión. En este andar libre, hace que nazca la sed y él mismo ofrece el cántaro de agua. Jesús alcanza la sed profunda de aquella mujer ofreciendo un “plus” de belleza, de bondad, de vida, de primavera: «Te daré un agua que es fuente que brota». En realidad, Dios es Fuente inagotable de la vida fresca desde el inicio de los tiempos, desde que fueron creadas las especies terrestres (ciervo), el mar (peces) y el aire (pájaro). Jesús regala a la samaritana la*

*oportunidad de encontrarse en su fuente y de convertirse, ella misma, en fuente. Una imagen bellísima. La mujer de Samaría de ojos claros, felices, serenos y llenos de bondad. No calmará su sed bebiendo hasta saciarse, sino calmando la sed de otros; se iluminará alumbrando a otros, recibirá alegría dando alegría. Ser fuente, bellísimo proyecto de vida para cada educador: hacer brotar y difundir esperanza, acogida, amor.*

“Una sola cosa quiero para cada uno de vosotros: que seáis felices aquí, en el tiempo, y en la eternidad”. Es lo que Don Bosco dice a sus chavales, y les testimonia con su propia vida, porque ellos le ven feliz en medio de ellos.

Como la samaritana del relato evangélico que evoca el dibujo, todo ser humano busca la felicidad, tiene sed de ser feliz. Y calma su sed de felicidad donde puede, a veces en aguas que no quitan la sed, que crean dependencia y esclavitud. Y descuida el manantial de agua viva que está brotando de su interior día y noche, y que no es percibido oculto por las piedras y rugosidades de la vida exterior.

Don Bosco supo explicar esta realidad de una manera bien sencilla y práctica a sus chavales con la idea de la santidad. Felicidad = santidad = alegría. Es feliz, y realiza el mayor deseo del ser humano en la vida, quien es alegre. Y siendo alegre, se está cerca, muy cerca de Dios. Y todo aquello que me provoca tristeza, que me roba la alegría... es esclavitud, es pecado. Buscar la felicidad, les dirá Don Bosco a sus chicos, es defender la alegría, conservarla a toda costa, es conservar la gracia de Dios o “conservarse en gracia de Dios”.

Y esto se ha de traducir en el niño-joven compromiso educativo diario: la piedad sencilla, la ayuda a los compañeros, el cumplimiento del deber. Y en el cristiano adulto también en un compromiso más social, ciudadano, estructural,... ninguna dificultad externa tiene que robar la paz y la alegría al cristiano.

**Para la reflexión:** Dicen que la alegría es contagiosa. Que el educador-evangelizador sólo puede transmitir y educar en la alegría... ¡si es y vive alegre! ¿Somos educadores salesianos alegres, radiantes, entusiasmados y entusiasmantes?

¿Vivimos con alegría con los destinatarios nuestras tareas y obligaciones educativas?  
¿Nos “roba la paz y la alegría” del amor de Dios en nuestro corazón las dificultades y fracasos en nuestro acontecer diario con los jóvenes? También a nosotros, educadores salesianos, nos dice Don Bosco: “una sola cosa quiero para vosotros: que seáis felices en el tiempo y la eternidad”. ¿Somos ahora felices = alegres, en el tiempo que nos ha tocado vivir, interior y exterior, en el desempeño de nuestra labor educadora?

#### 4.- Contemplativo de la Vida



*Ninguna palabra como el término “vida” consigue, en las diversas lenguas, resumir de manera significativa las máximas aspiraciones del ser humano. «Vida» indica el conjunto de bienes deseados y, al mismo tiempo, lo que los hace posibles, accesibles, perdurables. ¿La historia de los jóvenes no está, quizás, marcada por la búsqueda de algo o alguien que pueda asegurarles la vida? Pero, ¿qué vida? La vida “en abundancia” de Dios, que sobrepasa todas las aspiraciones que pueden nacer en el corazón humano, como la puesta de sol ilumina los campos. La vida es un lugar entre las manos de*

*Dios, como los pájaros que tienen el nido entre las ramas floridas del árbol. La vida nueva se irradia en cada ámbito de la experiencia humana de los jóvenes: en la familia, en la escuela, en el trabajo, en las actividades de cada día y en el tiempo libre. La vida comienza a florecer aquí y ahora. Signo de su presencia y de su crecimiento es la caridad pastoral. Un gran número de educadores salesianos, en el día a día, se dan con generosidad, con creatividad y con competencia en favor de la vida de las nuevas generaciones.*

Don Bosco, recién ordenado sacerdote en 1841, llega a Turín. Una ciudad lleva de vida: industria, agitación social, y un mundo juvenil insospechado, proveniente de la inmigración rural. Una realidad nueva, una vida gestándose, una sociedad nueva en la que esos jóvenes no cuentan: son analfabetos, ignorantes, no practicantes, inmigrantes,... “carne de cañón” en la Generala.

Sin embargo Don Bosco, guiado por Don Cafasso, observa la realidad con ojos nuevos, con ojos distintos. Contempla la vida de estos jóvenes desde futuros soñados e imaginados, irreales e incompatibles con la cruda realidad que están viviendo ellos. Y en los encarcelados ve futuros honrados ciudadanos, en los chicos de la calle, futuros buenos cristianos. Y decide amar su vida, amar en ellos lo que son, soñando lo que pueden llegar a ser.

Y se decide a ser testigo de esa vida contemplada, soñada. Esa vida en plenitud que va a ir construyendo en su quehacer educativo del día a día. Porque en esa sencillez del día a día, descubre en el jovencito Rua a quien “irá a medias con él” toda su vida; y verá una mitra de obispo sobre la cabeza del jovencito Cagliero agonizante a quien Don Bosco no le deja morir.

Esta contemplación de la Vida positiva, esperanzada, por parte de Don Bosco en la vida de cada joven, es el fruto de la experiencia personal en el educador-evangelizador de sentirse mirado y valorado por el mismo Dios que nos ha creado a todos, y que ama todas y cada una de sus criaturas, por pequeñas, insignificantes o rechazadas que sean, porque de no amarlas, no las habría creado, nos dice la Escritura.

**Para la reflexión:** ¿Cómo miramos a nuestros jóvenes? ¿Los contemplamos como un padre-Dios contempla a sus hijos, con la mejor de las miradas, con el más profundo de los cariños? ¿Cómo hablamos de ellos? ¿Confiamos en su futuro, en sus posibilidades, o más bien, nos lamentamos de ellos? ¿Es la nuestra la mirada de Dios, la de Don Bosco que busca su bien y la plena realización de sus posibilidades?

## 5.- Compañero de camino



*Jesús se une, en el camino, a los dos desconsolados discípulos de Emaús. Reconoce a sus hijos en cada ángulo del mundo. Los acompaña, “camina junto a ellos”... El Señor nos acompaña en nuestra actividad cotidiana de caminantes. Y cambia el corazón, los ojos y el camino de cada uno. En el fondo, como Don Bosco (de fondo de la imagen): ¡cuántos gozaron de la riqueza de un encuentro capaz de alterar la vida! El Señor nos pide a nosotros, educadores salesianos, el coraje de ponernos en camino, hacernos compañeros de viaje, no solo del viaje exterior (sentados, en el camino), sino*

*también del viaje interior (escucha). Cada presencia salesiana se cruza con el viaje de los jóvenes del mundo, sueña hacer de la casa salesiana una familia para ellos. Por esto, se necesita una Comunidad Educativo-Pastoral que llame a cada uno por su nombre, que se mida por la calidad de las relaciones humanas que instaura.*

El relato de Emaús es un icono de la misión educativo-pastoral salesiana desde el CG 23. Describe con claridad las diversas etapas del proceso educativo-evangelizador: ponerse a caminar con la gente, a su lado / escuchar y compartir su vida y preocupaciones / hablar, iluminando sus vidas desde la Palabra / esperar a que ellos den el paso de aceptar su persona y su mensaje en sus vidas (“quédate con

nosotros”) / conducirles al encuentro directo con el resucitado (Palabra y sacramentos) / desaparecer en el momento oportuno y conseguir que por su propia iniciativa se conviertan en evangelizadores de los demás.

Hemos leído y analizado el relato de Emaús siempre y sólo desde el punto de vista práctico, metodológico, respondiendo al “cómo” evangelizar, qué pasos seguir. Se nos invita a hacer ahora y a vivenciarlo desde el punto de vista del protagonista del relato, el Jesús-evangelizador, que termina siendo el modelo del evangelizador.

Podemos y debemos confiar en nuestras cualidades para entrar en contacto significativo con los jóvenes (nuestro carácter, simpatía, preparación intelectual,...); especialmente en ese síndrome del primer contacto en que somos especialistas los salesianos. Pero sólo conseguiremos que “arda su corazón” en nuestra compañía si les “explicamos las Escrituras” como Jesús, es decir, no como una lección cuidadosamente aprendida sino como quien habla de Jesús reflejándolo en su propia persona. Hoy cualquier acto educativo, cualquier mensaje que se quiera transmitir, tocará el corazón del destinatario en la medida en que este descubra que ese mensaje está encarnado en la persona que lo transmite. Y eso se puede hacer con muchas o con pocas cualidades humanas, porque la fuerza de Dios reside y se trasparenta más en la debilidad de lo que somos que en nuestras cualidades y fortalezas.

**Para la reflexión:** Como educadores salesianos estamos invitados siempre y en toda ocasión, en cualquier época o situación dentro de la obra salesiana a ser compañeros de camino, educadores de la vida y de la fe de los jóvenes. Y de hacerlo desde el propio testimonio de nuestra vida, de nuestra experiencia vital. Como acompañantes de un camino que el joven tiene que realizar, que ya hemos realizado en parte y del que podemos dar razón con nuestra palabra y nuestro testimonio.

## 6.- Hombre nuevo



*Cristo, al encarnarse, se ha puesto nuestras ropas: el dolor y la alegría de ser hombre, el hambre, la sed, el cansancio, las esperanzas y las desilusiones, todas nuestras angustias hasta la muerte. Y nos ha dado sus “vestidos”, el regalo de un nuevo ser: “Revestir el hombre nuevo, creado a imagen de Dios”. Antes de ser una decisión, la realización del hombre nuevo es obra de Dios. Pero se precisa un empeño, un proyecto para la transmisión de una fe viva. El Proyecto Educativo-Pastoral es solo un instrumento pastoral y responde a dos grandes objetivos (humanizar y educar a los jóvenes en la*

*fe), mediante las cuatro dimensiones que integran y enriquecen toda persona, que la hacen renacer desde dentro, como los pétalos de la corola forman una única flor. Cada joven (de toda edad y condición) tiene dentro de sí un tesoro de luz, un sol interior, que es*

*nuestra imagen y semejanza con Dios. La Pastoral Juvenil Salesiana no es otra cosa que la alegría (¡qué hermosa es la sonrisa de los chicos!) de liberar toda la luz del Resucitado.*

Don Bosco educó y evangelizó a los jóvenes desde una propuesta integral: no sólo les entretenía con juegos: les enseñaba a leer y a escribir. No sólo les daba catequesis: les buscaba un trabajo y peleaba las condiciones laborales. No sólo le preocupaba su salud física, también la salud-salvación de su alma.

“He aquí la integralidad de la propuesta salesiana: la educación que se enriquece por estar inspirada evangélicamente desde el principio; la evangelización que, ya desde el primer momento, reconoce la exigencia de estar debidamente aclimatada a la condición evolutiva de los jóvenes” (PJS, 63).

El educador-evangelizador salesiano ama en cada joven la imagen que es y que puede llegar a ser hasta la estatura de Cristo, el Señor Resucitado. Él es el hombre nuevo, plenitud de todas las dimensiones corporal, afectiva, espiritual, anímica, social,... del ser humano. Esta es la vocación común de todo ser humano: realizar el proyecto integral de felicidad que Dios tiene para él, para cada uno de forma individualizada. Y realizarlo hasta la medida de Cristo el Señor Resucitado, plenitud de la humanidad en Dios. Y ello, evangelizando o proponiendo un estilo de vida evangélico; promoviendo al joven en todas sus dimensiones humanas e inculturando el evangelio en la sociedad en la que ha de integrarse.

Pero esta tarea sólo la podrá realizar el educador-evangelizador en sus jóvenes si él mismo es un hombre nuevo. Si en él, los jóvenes ven un modelo de persona feliz, porque ha descubierto el proyecto de Dios en su vida, lo ha acogido libremente y lo vive día a día con alegría y generosidad, con paz. El joven precisa de modelos vivos, encarnados, para su imitación, no de grandes mensajes ni teorías psicológicas. Eso es lo que estamos llamados los educadores-evangelizadores a ser en medio de ellos, con nuestros defectos y limitaciones: rostros vivos y cotidianos del Señor Resucitado, el hombre nuevo.

**Para la reflexión:** Es el caso de preguntarse si los jóvenes, si las personas que tratan con nosotros, nos ven alegres, serenos, felices con lo que hemos vivido, con lo que somos, con nuestro futuro, con lo que podemos aportar. Si suscitamos en ellos la pregunta: ¿cómo consigue ser tan feliz? ¿qué o quién le llena de plenitud, de humanidad? Si podemos llegar a provocar en ellos la pregunta: “¿Por qué no ser como él?”

## **7.- Labrador**

*“Yo os he elegido”. Y esta llamada es, precisamente, lo que garantiza nuestra eficacia apostólica, la fecundidad de nuestro servicio. Somos campesinos pacientes y confiados, pero debemos examinar dónde y cómo damos fruto. Dios se preocupa, como nadie, de*



*este campo sembrado, de este pequeño huerto que son nuestras obras: trabaja, poda, cada día sentimos sus manos sobre nosotros. La mirada se concentra en la fecundidad; no dar vida es morir. El árbol de nuestras obras apostólicas se renueva, multiplica la vida. La semilla va donde sopla el viento, lejos del clamor y del ruido, se planta en los surcos de la historia y de los pueblos. Nuevas presencias educativas y pastorales nacen porque la misión salesiana contiene muchas más energías de cuanto no aparece, mucha más luz y gérmenes divinos. Todo un volcán de vida: la yema cambia en flor, la flor en fruto, el fruto en semilla.*

“He aquí donde debes trabajar” (sueño de los 9 años). Juan Bosco, hijo de/en una familia de labradores: sembrar, cuidar, cosechar, regar,... y mirar al cielo. Trabajar, y el resto depende de la calidad de la semilla, del suelo... y del cielo, de la lluvia, del sol. Trabajar-“haz el bien”, y esperar en Dios-“confía en Dios”.

Los educadores salesianos somos hijos de un labrador. El campo: la sociedad, el mundo. La semilla: los jóvenes que Dios pone en nuestras manos. La tarea: la misión educativo-pastoral. Los frutos de esta tarea esforzada y sufriente a veces, vienen del suelo... y del cielo.

La esperanza: “la certeza del futuro en flor, aunque sólo experimentemos quizá sudor y fatiga... saber cultivar en el corazón la certeza de que lo que se está haciendo dará mucho fruto”.

Una invitación a nosotros educadores, para que miremos a los jóvenes como el labrador mira la semilla, la tierra que cultiva, el cielo sobre su cabeza... con la firme testarudez del campesino, con la temeridad de Don Bosco, porque intuimos que nuestros proyectos no son nuestros: son los proyectos de Dios. Nuestro campo de misión es la “viña del Señor”. Y nosotros los labradores, los “siervos inútiles”, no los propietarios o dueños.

Y frente a todo voluntarismo en nuestra acción, la confianza en la providencia que tiene el labrador. El educador-evangelizador labrador cumple con su tarea sembrando, cuidando, cultivando,... pero es la semilla la que tiene que hacer el esfuerzo de romperse. Y es Dios quien tiene que mover, con el sol y la lluvia de su gracia, sus resortes interiores.

**Para la reflexión:** ¿Cómo nos sentimos en el “campo de labranza” de nuestras obras, con el plantío de nuestros jóvenes, a veces sembrados por nosotros, a veces trasplantados de otros campos? ¿Nos sentimos propietarios, terratenientes... o

simples labradores que con tesón y sin desánimo salen cada día a sembrar en ese campo y a dar lo mejor de sí mismos?

## 8.- Servidor



*“Como el que sirve”. Servir: verbo dulce y comprometedor al mismo tiempo. En estos versículos encontramos la imagen auténtica, real y concreta de la animación y la coordinación de la acción pastoral. La corresponsabilidad da forma concreta a la comunión, supone entrenar el discernimiento espiritual, la escucha mutua, el compartir, el testimonio recíproco, hasta que madure, según la responsabilidad de cada uno, una propuesta coordinada y orgánica. La acción educativo-pastoral no está hecha de intervenciones*

*inconexas, sino que todo entra en un plan compartido, en opciones y recorridos formativos adecuados. La Pastoral Juvenil Salesiana pone en marcha todas las energías, acompaña con sus dinamismos las modalidades de animación.*

“Yo por vosotros estudio, por vosotros trabajo, por vosotros estoy incluso dispuesto a dar la vida... vosotros sois mis dueños, yo vuestro servidor”. Son palabras de Don Bosco, en quien el amor de Dios que sentía, se tradujo en un “proyecto de vida fuertemente unitario, llevado a cabo en medio de fatigas y desvelos: el servicio y la entrega incondicional a los jóvenes”. Son palabras de las constituciones de los salesianos.

Jesucristo no vino a ser servido, sino a servir y dar la vida por todos. El cristiano se define en su identidad como el servidor de todos, aquel que se descentra de sí mismo para centrarse en el otro, en sus necesidades. Y el educador salesiano se define como el servidor de los jóvenes, el que está a su lado para ser en medio de ellos, signo y portador del amor de Dios.

El encuentro y el servicio a los jóvenes es lo que define nuestra identidad no sólo como educadores, sino como creyentes: es lo que garantiza nuestra experiencia de Dios. Es lo que dice el “Credo salesiano” que proclamó el CG 23: “Creemos que Dios nos está esperando en los jóvenes para ofrecernos la gracia del encuentro con Él y disponernos a servirle en ellos, reconociendo su dignidad y educándoles en la plenitud de la vida”. Nuestra experiencia de Dios está pues mediatizada, condicionada, al servicio que hagamos en la misión salesiana a los jóvenes.

Podemos preguntarnos: ¿vale esto en todas las etapas de la vida del educador? ¿Podemos mantener esa tensión después de veinte, treinta años,... de labor educadora? Ciertamente sí. Podemos ver mermadas, con el tiempo, nuestras capacidades físicas, nuestras posibilidades de movimiento o creatividad... Pero no

nuestra capacidad de amar y servir a los jóvenes, y de que ellos se sientan amados. Hemos tenido ejemplos claros en nuestras obras salesianas (...)

**Para la reflexión:** Podemos y debemos preguntarnos: ¿con qué intensidad vivo mi labor educativa? ¿Desde una perspectiva de servicio a los jóvenes que se me han confiado? ¿Desde una perspectiva de cumplimiento de una obligación personal? ¿Con qué fuerzas y entusiasmo encaró este nuevo curso? ¿Desde la rutina, la inercia, el “ya sabérselas todas”,..? ¿Vivo mi servicio educativo desde una actitud de formación permanente, de reciclaje? ¿Alimento resistencias a ponerme al día en las nuevas exigencias de dicho servicio educativo?

## *La misión y el servicio de los consagrados, testimonio de la misericordia divina<sup>1</sup>*

**H. Inmaculada Fukasawa, ACI**

### **1. Introducción**

#### **1.1. El Título**

El título de mi aportación es «La misión y el servicio de los consagrados, testimonio de la misericordia divina». Lo recibí con gusto porque la Misericordia ha sido y es la experiencia más profunda de mi vida; también tiene muchas resonancias carismáticas. Nuestras Constituciones comienzan: «En el Corazón de “Aquel a quien traspasaron” contemplamos la manifestación de la Misericordia, que nos lleva a mirar el mundo con esperanza». Además, fue una grata confirmación cuando el Papa Francisco convocó el Año Santo de la Misericordia, cuya bula de convocación empieza diciendo: «Jesucristo es el rostro de la Misericordia del Padre. El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra»<sup>2</sup>. El anuncio del Jubileo va en coherencia con la actitud humilde que ha querido imprimir a su Pontificado. Él mismo se muestra necesitado de Misericordia y perdón de Dios, y continuamente nos señala a Jesús, rostro de la Misericordia del Padre, y a una Iglesia, que camina y hace suyo el dolor de la Humanidad y la tierra que sufren.

En esta clave comparto mi experiencia y agradezco el don de nuestra Vida Consagrada en la que abrazamos el modo de existencia de «Jesús de Nazaret que con su palabra, con sus gestos y con toda su persona revela la Misericordia de Dios»<sup>3</sup>.

#### **1.2. Presentación**

Intento presentaros mi visión de la Vida Consagrada; no es algo teórico sino una lectura vivencial. Es una mirada a mi propia experiencia que, iluminada por el

---

<sup>1</sup> Ponencia de la Jornada de clausura del año de la vida consagrada en España.

<sup>2</sup> FRANCISCO, *Misericordiae Vultus. Bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia* (11-4-2015), 1.

<sup>3</sup> *Ibid.*

Evangelio, contempla a Jesús y al grupo de los Doce como referentes para entender nuestra propia vida.

Comienzo contextualizando la vivencia de la Vida Consagrada en este momento eclesial y cómo se siente llamada a dejarse evangelizar y a secundar la corriente de transformación impulsada por el Papa Francisco. En este marco estamos celebrando el Año de la Vida Consagrada y lo terminaremos dentro del Año jubilar de la Misericordia.

La Vida Consagrada es para la Misión, pero no sólo eso sino que en sí misma es Misión. Somos y hacemos Misión. La exposición está articulada en los tres elementos que considero esenciales de la Vida Consagrada: Consagración, Convocación y Envío.

- El primer elemento: la *Consagración* como iniciativa de Dios que nos toma para sí y nos convierte en misión al confesar el Absoluto de Dios con nuestra vida.
- El segundo elemento que considero esencial en la Vida Consagrada es la *Convocación* que expresa la experiencia de ser llamados con otros, así la comunidad es el espacio de la fraternidad donde vivimos el Reino que se hace misión al convertimos en profecía de la humanidad de Jesús.
- El tercer elemento esencial es el *Envío*, enviados por el Resucitado con la fuerza de su Espíritu a continuar su misma misión: ser la Misericordia del Padre.

Esta narración tiene como hilo conductor la Misericordia de Dios experimentada en la fragilidad personal e institucional y recibida como misión.

### 1.3. Contexto eclesial

Sentimos que la Iglesia está viviendo un tiempo de gracia, algunos hablan de una primavera eclesial<sup>4</sup>. A raíz de la renuncia al ministerio petrino de Benedicto XVI y más concretamente, de la elección del Papa Francisco, se ha abierto una nueva etapa en la historia de la Iglesia. El pontificado de Francisco, con su comunicación directa y sus gestos sencillos, está mostrando una Iglesia cercana a la gente, que tiene una palabra que el mundo quiere escuchar.

El lenguaje del Papa se entiende y su cercanía llega al corazón de las personas. Francisco convoca porque nos trae las palabras y los gestos de Jesús. En esta realidad tan golpeada, donde están tan gastadas las palabras, tan endurecidos los sentimientos, tan frágiles las referencias, él está haciendo creíble la palabra y posible la esperanza.

---

<sup>4</sup> *Cristianismo y Justicia*. «No podrán detener la primavera. Suplemento del Cuaderno n. 192», (diciembre 2014).

Percibimos cómo muchos creyentes, decepcionados en el camino de Emaús, han sentido «arder su corazón» (cf. Lc 24,1) y retornan a la comunidad. También algunos de nosotros, que nos sentíamos como el hermano mayor de la parábola (cf. Lc 15,11), hemos visto derrumbarse nuestros propios juicios delante de la Misericordia. La mirada de muchas personas de otros credos o de instituciones civiles converge en el Papa Francisco como un referente de autoridad.

Él nos ha puesto en movimiento y nos ha señalado un camino: volver a Jesucristo, a su Evangelio. Nos pide salir de nuestra auto-referencialidad, romper nuestros miedos, dejarnos conducir por el Resucitado para entrar en sus heridas, tocar las marcas del amor, y como apóstol Tomás confesar: «Señor mío y Dios mío». De este encuentro nace la alegría, signo que acompaña a los que se han encontrado con Él y son enviados a anunciarlo. La Iglesia nace de la experiencia de encuentro y misión, y cada uno de nosotros abrazamos con nuestra vida el arco que va del encuentro a la misión, y viceversa, de la misión al encuentro.

En esta corriente dinámica y esperanzadora, el Papa, como «hermano nuestro y consagrado como nosotros»<sup>5</sup>, decidió convocar el Año de la Vida Consagrada. Tiene un fuerte sentido celebrarlo en esta corriente de transformación de la Iglesia. Él espera mucho de nosotros para impulsar esta renovación<sup>6</sup>. Cuenta con los consagrados. Nuestra responsabilidad es grande. Primero quiere que nos renovemos, y desde aquí, aportemos al cambio de la Iglesia.

En japonés conversión se dice «kaishin». Antes lo escribíamos con dos caracteres chinos «改心» que significan *cambiar* o *corregir* algo del corazón. Sin embargo, ahora escribimos «回心». Este «kaishin» es girar el corazón, mover el corazón hacia otra dirección. La conversión a la que nos invita el Papa es este «回心», es decir, girar el corazón, cambiar 180 grados la dirección del corazón. Es algo dinámico. No cambiar sólo una parte de nuestro corazón. Tenemos la tendencia a centrarnos en nosotros mismos, la dirección del corazón va muchas veces hacia dentro. La conversión verdadera requiere cambiar esta dirección hacia Dios y hacia los demás.

La celebración del Año de la Vida Consagrada nos ha dado la oportunidad de volver la mirada a nuestra historia para agradecer ¡tanto bien recibido!, pero sobre todo, a través del Magisterio del Papa Francisco, nos hemos sentido llamados a mirar nuestra Vida Consagrada desde el Evangelio y dejarnos evangelizar. De aquí nace la conversión, «回心», y esto nos lleva a vivir el presente con pasión y abrirnos al futuro con esperanza.

---

<sup>5</sup> FRANCISCO, *Carta Apostólica a los consagrados con motivo del Año de la Vida Consagrada* (21-11-2014).

<sup>6</sup> *Ibid.*

## 2. La vida consagrada, confesión de Dios

### 2.1. Somos alcanzados por Dios

La experiencia común de nuestra vocación es la de haber sido alcanzados, encontrados. La llamada es don, iniciativa de Dios. Permitidme que subraye lo que supone para mí el don de la fe y de la vocación. De entre más de cien millones de japoneses, Dios me llamó a la Iglesia católica. Al pensar que menos del uno por ciento somos católicos, siento que es una gracia grande recibir el bautismo en Japón. Lo mismo puedo decir de mi vocación. Cuando yo estudiaba en nuestro colegio, éramos casi doscientas alumnas de la misma promoción, había muchas buenas, capaces e inteligentes, pero el Señor quiso que fuera yo religiosa y no otras. La vocación es siempre un misterio, y sin duda no he recibido este regalo por mi mérito, ha sido un don gratuito.

En este espacio de la llamada es donde más radicalmente sentimos lo Absoluto de Dios, que tiene poder para atraernos totalmente hacia sí. San Pablo lo expresa como el encuentro que trastoca todos nuestros valores, el conocimiento que relativiza todo saber, la ganancia que hace pérdida cualquier riqueza. Así lo recoge en su carta a los Filipenses:

«Pero lo que era para mí ganancia, lo he juzgado pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo y ser hallado en él...No es que ya lo tenga conseguido o que sea ya perfecto, sino que continúo mi carrera por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús» (Flp. 3,7-9,12).

Esto es lo que nos ha pasado a nosotros. Cada vez que hago los Ejercicios Espirituales, me viene espontáneamente este pasaje, lo saboreo con gozo y emoción. Es la experiencia repetida a lo largo de la historia, de hombres y mujeres que han sido transformados por el encuentro con Cristo Jesús y llevan dentro el fuego de su Espíritu. Hombres y mujeres que se constituyen en testigos de lo que han visto y tocado:

«Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos, es lo que os anunciamos: la palabra de vida» (1 Jn 1,1).

### 2.2. Somos vinculados íntimamente a la persona de Jesús

En Jesucristo nos hemos encontrado con Dios, y Él ha seducido nuestro corazón. Se ha erigido en nuestra vida como Absoluto relativizando nuestros vínculos familiares y sociales, nos ha liberado del ansia de poder y tener, y nos ha dado una nueva pertenencia.

Jesús nos llama a «estar con Él y nos envía a predicar» (cf. Mc 3,14), incorporados a su vida y misión, vinculados íntimamente a su persona. No podemos separar su persona de la misión, es más, la misión es anunciarle a Él, y eso no cabe sin conocerle, sin estar con Él, sin haber compartido sus sentimientos, sin haber hecho nuestras sus preferencias hasta identificarnos con Él: «No vivo yo sino que es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20). La misión nos exige estar en profunda comunión con Jesús, porque «sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5).

En esta especial intimidad surge y se sostiene la entrega que cada uno de nosotros hace de sí mismo en la profesión de los tres votos<sup>7</sup>. En estas dimensiones vitales se condensan las opciones de la existencia terrena de Jesús y revelan al mismo tiempo el misterio de su ser y hacer<sup>8</sup>. «En los votos queremos vivir la existencia de Jesús en su entrega al Padre y en su disponibilidad para con los hombres»<sup>9</sup>.

El número 72 de la Exhortación apostólica postsinodal *Vita Consecrata* de san Juan Pablo II recoge muy bien el sentido de nuestra consagración:

«...La misma vida consagrada, bajo la acción del Espíritu Santo, que es la fuente de toda vocación y de todo carisma, se hace misión, como lo ha sido la vida entera de Jesús... En efecto, antes que en las obras exteriores, la misión se lleva a cabo en el hacer presente a Cristo en el mundo mediante el testimonio personal. ¡Éste es el reto, éste es el quehacer principal de la vida consagrada! Cuanto más se deja conformar a Cristo, más lo hace presente y operante en el mundo para la salvación de los hombres.

...Se puede decir por tanto que la persona consagrada está “en misión” en virtud de su misma consagración, manifestada según el proyecto del propio Instituto...».

### 2.3. Desvelar el verdadero rostro de Dios

Desde nuestro ser consagrados, nos preguntamos: ¿Cuál es el servicio que los consagrados y consagradas podemos hacer a esta humanidad? ¿Qué puede decir nuestra consagración a esta sociedad?

En nuestro tiempo asistimos a una profunda crisis de valores, se están dando profundas transformaciones a escala mundial. Como se viene diciendo hace mucho tiempo, «estamos no sólo en una época de cambios sino más bien en un cambio de época»<sup>10</sup>. Nos encontramos frente a la emergencia de un nuevo paradigma, de un nuevo modelo cultural, de una nueva sociedad. Esta crisis afecta a todas las dimensiones de la vida humana, pero me voy a limitar al aspecto religioso.

---

<sup>7</sup> JUAN PABLO II, *Vita consecrata* (25-3-1996) 16.

<sup>8</sup> R. VOLO, CMF, *Una vida inspirada por el evangelio* (Publicaciones Claretianas, Madrid 2014) 114.

<sup>9</sup> P. CEBOLLADA, SJ: «Los votos en el centro de la Vida Religiosa»: *Sal Terrae* 103/7 (2015) 351 – 362.

<sup>10</sup> V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento conclusivo Aparecida* 2007, 44.

En nuestra sociedad, al menos la occidental, se ha roto el tejido unitario cultural inspirado en la fe cristiana. Percibimos algunos signos contradictorios; en las últimas décadas se ha producido una ruptura en la transmisión generacional de la fe cristiana. El hombre parece haber dejado a Dios fuera del horizonte de su vida cotidiana. Estamos en un ateísmo práctico, y a la vez se está dando un nuevo despertar del sentimiento religioso. Se advierte la búsqueda de la trascendencia, aunque algunos autores desconfían de este sentimiento y lo describen como «religión sí, Dios no». Hay una nueva sensibilidad religiosa, una vuelta a Dios. Por la enorme bibliografía sobre el tema, parece que nunca ha estado tan viva la cuestión de Dios, pero ¿qué dios? <sup>11</sup>

Benedicto XVI, muy consciente de esta realidad, decía en la Exhortación Apostólica postsinodal *Verbum Domini*: «No hay prioridad más grande que ésta: abrir de nuevo al hombre de hoy el acceso a Dios, al Dios que habla y nos comunica su amor para que tengamos vida abundante» (Jn 10,10).

Realmente ésta es la más urgente tarea de la Iglesia y es uno de los más grandes servicios que la Vida Consagrada puede hacer en nuestro tiempo: abrir el horizonte de la vida humana a la realidad de Dios y desvelar su verdadero rostro.

#### **2.4. Llamados a ser mediación del encuentro con Dios**

La *Vida Consagrada hace confesión de un Dios único*, personal, que dialoga con el hombre, que ama a cada persona, al que no podemos manipular, Aquél que tiene la iniciativa en el amor y «que viene a nosotros para que nosotros podamos ir a Él»<sup>12</sup>. Aquél que se ha encarnado en Jesús. Él nos ha revelado el verdadero rostro de Dios: «Nadie ha visto jamás a Dios; el Hijo único de Dios, que estaba junto al Padre, nos lo ha dado a conocer» (Jn 1,18).

En nuestras Congregaciones hay un enorme caudal de sabiduría humana y espiritual. Tenemos capacidad de acompañar a otros en ese camino a la interioridad, ayudar a entrar dentro de sí y escuchar las preguntas esenciales de su existencia, las que le dan sentido a su vida.

Sentimos la indiferencia y la negación de Dios como una de las periferias existenciales a donde somos llamados para decir a los hombres y mujeres de nuestro tiempo: «Plata y oro no tengo, pero lo que tengo te lo doy: en nombre de Jesucristo, el Nazareno, levántate y camina» (Hechos 3,4-8).

---

<sup>11</sup> A. CORDOVILLA, *Crisis de Dios y crisis de fe* (Sal Terrae, Santander 2012). Muy interesante la visión que ofrece.

<sup>12</sup> FRANCISCO, *Homilía* (2-2- 2014).

*La Vida Consagrada confiesa al Dios de Jesús, un Dios Padre, que ama con entrañas de Misericordia, con un amor fiel que tiene dentro la misteriosa fuerza de la maternidad*<sup>15</sup>. Jesús encarna esa Misericordia, en sus palabras y gestos, ¡con su vida y su muerte!

En nuestras Congregaciones hemos hecho un largo camino en el aprendizaje de nosotros mismos, de entrar hasta el fondo de lo que somos y acoger la verdad de nuestra humanidad. En nuestra fragilidad nos hemos encontrado con Jesús, fuente de vida y compasión, por eso podemos, desde Él y con Él, ayudar a otros a entrar en este camino de liberación.

Hemos tocado la intimidad de Dios que es Misericordia, que nos ha hecho capaces de escuchar y acoger nuestras heridas. Sentimos que nuestra misión es posibilitar experiencias donde la persona se encuentre con este Dios, porque sólo tocando su Misericordia se puede alcanzar la verdad que salva.

*La Vida Consagrada confiesa la relevancia de Dios para la vida humana, un Dios capaz de saciar la sed del corazón, que puede llenar de sentido la vida, a quien otorgamos la confianza hasta el punto de ponernos en sus manos.*

Entre nosotros, hay Hermanos y Hermanas que viven la alegría del Evangelio, en sus vidas se percibe que han encontrado la perla preciosa, y la persona de Jesús y su Evangelio ocupan su corazón. Son testimonios humanos valiosos, sencillos, cercanos, no destacan por sus títulos ni por su poder, los podemos encontrar enseñando en la escuela o la universidad, acompañando al anciano, curando al enfermo, son personas con las que nos tropezamos cotidianamente, pero en sus palabras y en su mirada reconocemos al Señor.

Traigo aquí el testimonio de una Hermana que me escribía al terminar su servicio como Superiora de una comunidad enfermería. En su carta dice:

«No sé qué proyecto tendrá Dios para mí, manifestado a través de mi provincial, pero si siempre he querido ser disponible, quiero serlo hasta el final de mi vida. Estos años vividos en esta comunidad han sido una verdadera escuela de aprendizaje para el futuro de mi vida. Dentro de unos días será mi cumpleaños. Los años, pasan factura -y a mí ya noto que me la están pasando- aunque gracias a Dios no tengo ninguna enfermedad. Tengo la ilusión de llenar la vida de pequeñas cosas que pasan desapercibidas pero que crean mucho bienestar, de rezar con paz, leer, ser disponible y abordable, fomentar la alegría. Pienso ser feliz, porque estoy plenamente convencida de que la felicidad es algo que uno decide con anticipación. Y yo, con la gracia de Dios, lo he decidido. Sólo así haré felices a las hermanas con las que conviva....Voy a liberar mi mente de preocupaciones, vivir humildemente, dar más y exigir menos.

---

<sup>15</sup> JUAN PABLO II, *Dives in Misericordia* (30-11-1980) nota 52.

Mi comunidad con sus múltiples limitaciones, por su edad, es una comunidad que sabe muy bien y creo que también lo vive, el valor de seguir trabajando en la Misión con su oración y entrega».

Quiero reconocer el valor apostólico de estas comunidades, numerosas en la Vida Consagrada española, en las que se vive la misión como ejercicio mutuo de misericordia en la acogida de nuestras pobreza, límites y debilidad.

La *Vida Consagrada anuncia el valor absoluto de Dios*, lo que todos estamos llamados a vivir, que Dios tenga el señorío en nuestras vidas, de tal manera que las realidades humanas son penúltimas. La consagración es una confesión del Absoluto de Dios y de la urgencia de su Reino<sup>14</sup>.

Así nuestras Congregaciones, movidas por el anuncio de Jesús y su Reino, han traspasado las fronteras, en nuestras filas hay hombres y mujeres que dejan su país y su cultura, que ponen su tienda en otro pueblo, que se hacen uno con sus gentes, aprenden su lengua y visten sus ropas, a muchos de ellos puede ser que les cueste la salud y a algunos la vida. La Vida Consagrada tiene un corazón universal.

En marzo dirigí una carta a las Hermanas con el deseo de responder a la llamada del Papa Francisco a «una nueva salida misionera». Pedí que se ofrecieran para ser enviadas «allí donde se vea mayor necesidad». Les presenté algunos lugares alejados donde la presencia religiosa es más frágil y necesita refuerzo. Esta carta movió mucho al Instituto y la respuesta fue preciosa, tanto por parte de algunas Hermanas mayores que se unían de corazón a esta llamada pero que la salud y la edad ya no les permitían ir, como por parte de las jóvenes que se mostraron totalmente disponibles. El deseo de ir más allá de sus fronteras está vivo en las Hermanas y no sólo en las jóvenes. Antes de hacer la profesión perpetua se ofrecen con generosidad e ilusión a evangelizar fuera de su país. Muchas de ellas me lo vuelven a recordar pasados unos años.

Nuestra consagración es mediación para los demás, y nuestra oración, que es espacio de encuentro con Dios, puede ser invitación y llamada. Abrir este encuentro con Él, en su Palabra, da la posibilidad de que otras personas experimenten que «Sólo Él tiene palabras de vida eterna» (cf. Jn 7,68).

En la liturgia somos invitados a entrar en el Misterio desde la belleza del canto y la palabra. Los cantos expresan los deseos más hondos que hay en nosotros. No son sólo palabras bellas sino también verdaderas. La debilidad de nuestros límites cotidianos no oscurece la autenticidad de lo que sentimos. En la liturgia no hay discursos, sino experiencia. Es expresión de los que «por amor a la belleza divina»<sup>15</sup> han seguido a Jesús. Entre julio y agosto tuvimos en Roma un curso de formación permanente que duró un mes. Participaron 29 Hermanas que llevan 17, 18 y 19 años

---

<sup>14</sup> J. M. URIARTE, *El celibato* (Sal Terrae, Santander 2015) p. 96.

<sup>15</sup> JUAN PABLO II, *Vita consecrata* (25-3-1996) 16.

de profesión perpetua. Cuando cantaban aquellos cantos, en los que decimos «No se ha acabado el amor del Señor, no se ha agotado su Misericordia...» o «La bondad y el amor de Señor duran por siempre», las vi vibrar con emoción. Es verdad, los cantos nos ayudan a confirmar nuestra experiencia de la Misericordia de Dios.

Y de forma privilegiada la primacía de Dios se expresa en la Adoración Eucarística, en el reconocimiento humilde y creyente de nuestro ser de criaturas ante la Trascendencia de Dios, desde donde brota nuestra respuesta agradecida que se hace servicio. Me resultan muy iluminadoras las palabras del P. Benjamín González Bueltas: «Cuando adoramos al Señor, buscamos un espacio favorable y le dedicamos un tiempo en el que toda nuestra persona se centra en acoger el amor infinito de Dios del que surgimos, en el que nosotros existimos y hacia el que viajamos... El primer fruto de esta oración es la integración personal, pues toda nuestra persona se unifica. El cuerpo, el pensamiento y la afectividad se unen en la decisión de vivir enteramente en el agradecimiento. En ese silencio contemplativo caben todas las palabras, en esa presencia están contenidos todos los encuentros, y en esa inquietud se alimentan todas las actividades»<sup>16</sup>.

### **3. La vida consagrada, profecía de humanidad**

#### **3.1. Los discípulos aprendieron humanidad en contacto con Jesús**

Os invito a volver la mirada al Evangelio, a Jesús. Mucha gente le sigue, pero podemos verlo siempre rodeado de un pequeño grupo. Jesús no es un hombre solitario, su amor genera en torno a Él una fraternidad y comunidad de discípulos, a los que se atreve a llamar, sin más, amigos. Con ellos comparte lo más íntimo: su relación con el Padre y su pasión por el Reino. El P. Ricardo Volo, claretiano, escribe: «El círculo de discípulos más cercanos a Jesús fue convocado por Él para formar una comunidad muy particular en torno a la figura del Maestro, y para ser investidos de su propia misión. Estas dimensiones peculiares de su discipulado representan, históricamente, un elemento paradigmático muy relevante en el carisma de la vida consagrada»<sup>17</sup>.

Los que han sido llamados son convocados con otros. Ser discípulo es ser al mismo tiempo condiscípulo con otros. La comunidad es prolongación de su mensaje y misión. Los discípulos muestran que es posible el Reino. Jesús desea transmitir su mensaje encarnándolo en un grupo humano. La comunidad es reflejo de la figura misma del Señor. Es signo y testimonio de la verdad del mensaje de Jesús.

Contemplamos el inicio de este grupo en el Evangelio de Juan. Vemos a dos de ellos que siguen a Jesús anónimamente hasta que Él se vuelve y les pregunta: «¿Qué buscáis?» Ellos le responden: «Maestro ¿dónde vives?» Y él les invita: «Venid y lo

---

<sup>16</sup> B. GONZÁLEZ BUELTA SJ: «Adoración y servicio: dos alas de un mismo viaje» Boletín de la UISG 155, 2014.

<sup>17</sup> R. VOLO CMF, *Ibid.*, 58

veréis» (cf. Jn 1,38-39). Es la invitación a hacer la experiencia, sólo puede conocer a Jesús el que vive con Él y como Él.

Aquellos discípulos que siguen a Jesús lo conocieron en la convivencia diaria, lo vieron conmoverse ante la muchedumbre que «estaba como ovejas sin pastor» (Mc 6,34). Sintieron la compasión de Dios en el gesto de acogida y ternura a aquella mujer, pecadora pública, que escandalizó al fariseo Simón (cf. Lc 7,36-8,3). Escucharon las conmovedoras palabras de Jesús a la pobre viuda que había perdido su único hijo: «No llores» (Lc 7,11-17).

Lo vieron tocar al leproso, comer con publicanos y prostitutas, acoger a los pecadores, a todos aquellos despreciados por la sociedad y más necesitados de estima y dignidad. En Jesús descubrieron al Dios misericordioso, el Dios que nunca se olvida del sufrimiento de sus hijos. En sus gestos experimentaron la bondad de Dios Padre. Verdaderamente, ¡qué suerte tuvieron los Apóstoles!

En el trato cotidiano con el Maestro no aprendieron una doctrina sino que asumieron una vida, la de Jesús. Ellos tocaron su humanidad, sintieron su ternura, entraron en su corazón «manso y humilde» (cf. Mt 11,29) y conocieron la pasión por el Padre y por los últimos.

Aprendieron otra forma de relacionarse. Donde ellos ponen poder, Jesús pone servicio: «...Si yo, que soy maestro y señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros mutuamente los pies.» (Jn 13,13-14). Donde ellos quieren poner triunfo y vanagloria, Jesús pone entrega hasta dar la vida: «Quien quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga. Quien se empeñe en salvar su vida la perderá; pero quien pierda la vida por mí la encontrará» (Mt 16,24-25). Donde ellos ponen privilegios y seguridades, Jesús pone identificarse con Él, asumir su mismo destino: «La copa que yo voy a beber también la beberéis vosotros, el bautismo que yo voy a recibir también lo recibiréis vosotros; pero sentaros a mi derecha y a mi izquierda no me toca a mí concederlo, sino que es para quienes está reservado» (Mc 10,39-40).

Jesús vive entregándose, y su muerte es la expresión de quien «ama hasta el extremo» (Lc 13,1). La Eucaristía perpetúa la entrega de sí mismo en el don de su Cuerpo y de su Sangre. En aquella noche en que iba a ser entregado, en medio de la hostilidad, la traición y el abandono, Jesús, en la Eucaristía, anticipa su entrega como gesto libre y universal de amor. En aquel momento se condensan todas las palabras y gestos de su vida, y quiere que no lo olviden: «Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en memoria mía» (1ª Cor 11,24), es decir, haced vosotros lo que yo he vivido y por lo que he vivido.

### 3.2. Nosotros, consagrados y consagradas, prolongamos la humanidad de Jesús

Hoy, nosotros estamos llamados a ser «memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús» (VC 22). La Vida Consagrada nace de la memoria de Jesús y existe en su nombre. Lleva dentro la experiencia del encuentro con Él y es testimonio de «El que vive» (cf. Lc 24,23). El Espíritu ha grabado en su corazón las palabras y los gestos de Jesús. Por eso en ella se puede reconocer al Maestro.

*La Vida Consagrada es memoria viva* de aquellos primeros discípulos que siguieron al Maestro por los caminos de Galilea. Vivieron la pobreza y disponibilidad de «quien no tiene donde reclinar la cabeza» (Lc 9,58), no se ataron a ningún vínculo social y su familia era los que «escuchan la palabra de Dios» (Lc 11,28). Les movía la misma pasión que ardía en Jesús: la voluntad del Padre y la suerte de los últimos.

*La Vida Consagrada es memoria* de aquella primera Eucaristía que se actualiza no sólo en cada celebración sino en la entrega cotidiana. La Eucaristía nos adentra en la comunión de vida con Él, de tal manera que vivimos en su misma dinámica de entrega y no sólo eso, sino que en la comunión con Él recibimos el don de la comunión con todos a los que Él se entrega<sup>18</sup>. El don de la comunión se convierte en misión.

Esto es lo que estamos llamados a ser, pero no siempre es lo que vivimos. El Papa Francisco denuncia nuestros estilos de vida comunitaria en *Evangelii Gaudium*:

«A los que están heridos por divisiones históricas, les resulta difícil aceptar que los exhortemos al perdón y la reconciliación, ya que interpretan que ignoramos su dolor, o que pretendemos hacerles perder la memoria y los ideales. Pero si ven el testimonio de comunidades auténticamente fraternas y reconciliadas, eso es siempre una luz que atrae. Por ello me duele tanto comprobar cómo en algunas comunidades cristianas, y aun entre personas consagradas, consentimos diversas formas de odio, divisiones, calumnias, difamaciones, venganzas, celos, deseos de imponer las propias ideas a costa de cualquier cosa, y hasta persecuciones que parecen una implacable caza de brujas ¿A quién vamos a evangelizar con esos comportamientos?» (EG 100).

Son fuertes las palabras del Papa y expresan su dolor por esta falta de comunión. Ante su denuncia reconocemos nuestras fragilidades y limitaciones y al mismo tiempo sentimos la llamada y el compromiso de humanizar nuestras relaciones.

*Nuestras comunidades son memoria de Jesús* si son espacios de verdadera humanidad donde nos sentimos hermanos y no rivales, amigos en el Señor y no sólo compañeros de trabajo, donde hay lugar para la confianza y la risa, donde juntos podemos soñar el Reino y envejecer con alegría. Donde el valor primero es la persona y no la

---

<sup>18</sup> BENEDICTO XVI, *Deus Caritas est*, (25-12-2005) 13.

ley, el espíritu antes que la letra. Donde nos sentimos acompañados mutuamente en el camino de fe y nos ayudamos a crecer en nuestra vocación.

Para mí, vivir la fe junto con los que se han entregado al Señor es un don incalculable. Gracias a esta experiencia hemos crecido en nuestra fe y vocación. Cuando entré en la Congregación me consideraba buena. Pero pronto pude ver que hay Hermanas mucho mejores, más bondadosas, más apostólicas. En la vida diaria con mis Hermanas, y sobre todo en el contacto personal más profundo como Superiora General, he descubierto la belleza de la persona, imagen de Dios, en lo concreto de su bondad y su entrega a pesar de las dificultades que conlleva la convivencia. Las limitaciones, lejos de empequeñecer este regalo, afianzan aún más el don. Mi pertenencia al Instituto se fortalece en el reconocimiento agradecido de todo lo que he recibido.

*Nuestras comunidades son memoria de Jesús* si son lugar de encuentro desde la diversidad cultural y generacional y en el aprecio de la mutua riqueza. Donde es posible un diálogo que nos permita pronunciar la palabra propia y recibirla como luz y no como amenaza; donde también el silencio es comunicación y el abrazo es lenguaje, si nuestras comunidades están abiertas al mundo, y nuestras casas y estructuras nos permiten estar cercanas a aquellos a quienes hemos sido enviados.

*Nuestras comunidades son memoria de Jesús* si lo reconocemos en el más pequeño, y esto supone la acogida y comprensión de los miembros más débiles de la comunidad, debilidad que viene por la edad, enfermedad, carácter o limitaciones. Si el perdón alcanza cualquier ofensa y la autoridad es sinónimo de servicio. Si la misericordia es nuestro modo de estar. Si nuestros gestos expresan el mismo amor con que nos ama Jesús.

*Nuestras comunidades son memoria de Jesús* si vivimos desde la realidad de sentirnos convocados y son expresión de pertenencia total al Señor, pertenencia que no es individual sino de un cuerpo<sup>19</sup>. Somos depositarios de la misión de Jesús y esto nos constituye en comunidad para la misión, si lo que somos y vivimos lo sentimos como misión y lo ofrecemos como anuncio.

Entonces sí, *la Vida Consagrada es Memoria de Jesús*, aunque pequeña en número, sin poder y relevancia social, consciente de su fragilidad, se alza como un signo humilde del Reino, como profecía de humanidad, la de Jesús, generadora de auténticas relaciones humanas, artesana de la comunión, en mutua pertenencia: somos con otros y para otros y capaces de promover una cultura del encuentro.

---

<sup>19</sup> P. CEBOLLADA SJ. *Ibid*

## **4. La vida consagrada, enviada a ser misericordia**

### **4.1. Transformados por el Resucitado**

Os invito, de nuevo, a volver la mirada sobre los primeros discípulos. Aquellos que siguieron al Maestro tocaron fondo con su muerte, se dispersaron y días después los encontramos juntos, pero encerrados por miedo a los judíos (cf. Jn 20,19 ss).

Este relato, en común con los otros textos pascuales, habla de un Encuentro que transformaría las vidas de aquel grupo. De distintas formas los evangelistas narran esta experiencia: aquellos hombres y mujeres son alcanzados allí donde están existencialmente, cerrados en el miedo, tristes por la pérdida del Maestro, decepcionados en sus expectativas, escépticos de que el Reino de Dios sea posible. Se han topado con el poder del mal, y la muerte, como su aliado, pone término a sus sueños y a sus esperanzas. Ahí, en la más radical experiencia humana del límite, les sale al encuentro el Resucitado. Su Presencia en medio de ellos los transforma y su Espíritu los conduce en el peregrinaje interior de la fe. Aquellos hombres son capaces de reconocer en el Crucificado al Señor. Ahora conocen internamente al Maestro y comprenden sus palabras. La fe les abre una nueva realidad, que no niega lo que son, pero les da una mirada capaz de leer su historia con otra luz, que trasciende estos límites, que les hace experimentar «Al que vive» (cf. Lc 24,23).

La realidad no cambia, pero el Espíritu realiza en ellos las promesas de Jesús y viven la alegría que nadie les podrá quitar, la paz sin condiciones y la vida en abundancia. El don del Espíritu los hace testigos del Resucitado, de tal manera que lo anunciarán con la entrega de su vida.

En esta narración podemos rescatar muchos elementos que pueden iluminar este momento de la Vida Consagrada. También nosotros, hoy, necesitamos reconocer la presencia de Jesús Resucitado que nos saque de nosotros mismos, que nos lleve a abrir las puertas y a dejar de tener miedo al futuro. Creer que en Él es siempre posible un nuevo comienzo.

### **4.2. Enviados a humanizar**

Jesús nos envía, en el nombre de Dios misericordioso, con la misma misión que Él había recibido y para ello nos entrega su Espíritu. Somos enviados como palabra que alienta, mano que levanta, abrazo compasivo a todos los que sufren, defensa de todos aquellos hijos, cuya vida está amenazada. Con su mismo corazón somos enviados a humanizar, a anunciar el valor y la dignidad de cada persona porque el mismo Dios ha entregado su vida por todos. Sabemos que la misión no es nuestra, ni está sostenida en nuestras fuerzas o capacidades, y lleva el sello de la cruz.

El Papa Francisco, expresa muy hondamente el sentido de la misión:

«La misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo. Cuando nos detenemos ante Jesús crucificado, reconocemos todo su amor que nos dignifica y nos sostiene, pero allí mismo, si no somos ciegos, empezamos a percibir que esa mirada de Jesús se amplía y se dirige llena de cariño y de ardor hacia todo su pueblo. Así redescubrimos que Él nos quiere tomar como instrumentos para llegar cada vez más cerca de su pueblo amado. Nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia» (EG 268).

Quiero compartiros cómo he ido comprendiendo la Misión. Procedo de una cultura no cristiana. No conozco muchas religiones, sino sólo algunas en Japón. Por ejemplo, el budismo, aunque, igual que muchos japoneses, no lo he vivido nunca como fe. El sintoísmo, que explica el origen del país Japón y para mí es más bien una tradición. El budismo habla de la misericordia de Buda, de sus diosas. Insiste en nuestra relación vertical con la trascendencia. Son importantes para él la oración y la contemplación, el sacrificio y la abnegación, la armonía y el equilibrio. Pero me da la impresión de que no se implica tanto en mejorar la sociedad. Por lo menos no se percibe.

Lo que me sedujo del cristianismo y constituye su novedad es la encarnación de Dios, la humanidad de Dios. El hombre que se convierte en camino para llegar a Dios. Desde aquí cobra sentido toda la dimensión ética de la fe y el compromiso del creyente con su realidad, sobre todo con los más vulnerables. Dios no es ya sólo el Dios compasivo y misericordioso, sino la Misericordia que se ha hecho historia, rostro, palabra, carne en Cristo. Su hablar y actuar es Misericordia. Y nosotros, somos prolongación de ese hablar y actuar. Somos misión de Misericordia.

La Vida Consagrada lleva en sus entrañas esta pasión por Jesús y por su pueblo, y como Él, se sabe enviada a ser misericordia, a salir al encuentro de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, a los que están lejos y a los que están cerca. Quiere en su fragilidad dejar de buscar seguridades para abrazar el dolor de la gente. Quiere que en su mesa y en su altar estén los pobres y no descansará hasta atraer a todos a Él. Sabe que su sitio es estar a los pies de los otros sirviendo. Nada de lo humano le es ajeno, por eso acompaña los largos procesos humanos, permaneciendo aun a costa de la vida<sup>20</sup>.

Voy a contaros también el testimonio de un laico que compartió con nosotras en Camerún la misión sanitaria que hacemos en red con las Hermanas Dominicas. Tiene el valor de mostrar cómo somos percibidos. Él escribe así:

«En lo personal, ha sido muy grato descubrir las múltiples labores que las religiosas con las que he convivido, las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús, como la Comunidad dominicana que llevan a cabo en África...Son mujeres

---

<sup>20</sup> FRANCISCO, *Evangelii Gaudium* (24-11-2013) 24. Es muy sugerente este número que habla sobre la comunidad evangelizadora y en él me he inspirado.

médicas religiosas que alzan la mirada al mundo, a sus semejantes, a su misión con los más desfavorecidos...contemplando la vida, con humildad, cuidando con ternura a sus enfermos y practicando la justicia. Están continuamente ayudando a sacar toda la riqueza interior, tirando de ese hilito de oro que se esconde en el fondo del corazón de cada persona, y que, si lo seguimos, nos conduce a lo mejor de cada uno»<sup>21</sup>.

Es un precioso relato de cómo la Vida Consagrada está humanizando la medicina con una atención integral.

### 4.3. Abrazamos el Misterio Pascual

No puedo terminar sin hablar del dolor que hay dentro de la Vida Consagrada. Es el del misionero al contemplar la necesidad y el sufrimiento de la gente. Es la compasión que movía a Jesús: «Viendo a la multitud, se conmovió por ellos, porque andaban maltrechos y postrados, como ovejas sin pastor» (Mt 9,36). ¡Nos duele este mundo!

La Vida Consagrada, como buen samaritano, sale a los caminos y carga sobre sí el sufrimiento de sus hermanos. Se hace presente con los inmigrantes y refugiados, en barrios marginales y en lugares perdidos, curando y enseñando, acompañando procesos de reconciliación y defendiendo los derechos y dignidad. Sentimos conmoverse nuestras entrañas ante estos rostros, pero hoy quiero traer el dolor de tantas personas que son tratadas como productos de mercado. Es una de las peores esclavitudes del siglo XXI y afecta al mundo entero. El Papa Francisco reconoce la presencia de la Vida Consagrada especialmente de la femenina en la trata humana, y dice:

«Quisiera mencionar el gran trabajo silencioso que muchas congregaciones religiosas, especialmente femeninas, realizan desde hace muchos años en favor de las víctimas. Estos Institutos trabajan en contextos difíciles, a veces dominados por la violencia, tratando de romper las cadenas invisibles que tienen encadenadas a las víctimas a sus traficantes y explotadores; cadenas cuyos eslabones están hechos de sutiles mecanismos psicológicos, que convierten a las víctimas en dependientes de sus verdugos, a través del chantaje y la amenaza, a ellos y a sus seres queridos, pero también a través de medios materiales, como la confiscación de documentos de identidad y la violencia física. La actividad de las congregaciones religiosas se estructura principalmente en torno a tres acciones: la asistencia a las víctimas, su rehabilitación bajo el aspecto psicológico y formativo, y su reinserción en la sociedad de destino o de origen»<sup>22</sup>.

---

<sup>21</sup> S. A. MARTÍNEZ DE SAN VICENTE:«Experiencia de un psicólogo voluntario en Camerún» en *Medicina paliativa en niños y adolescentes* (Ed. Paliativos sin fronteras, San Sebastián 2015).

<sup>22</sup> FRANCISCO, *Mensaje de la Paz*, 1 de enero 2015

La Vida Consagrada tiene un rostro universal y está encarnada como servicio a los hermanos, mostrando que el Señor se acerca con compasión, se pone a caminar al lado de ellos y permanece aunque suponga perder la vida.

La Vida Consagrada, presente en las periferias existenciales del hambre, de la pobreza, del desarraigo, de la soledad, de la falta de sentido, de la ausencia de Dios... toca las heridas de la Humanidad, y con Jesús abraza su dolor.

Hay otro dolor que va unido a éste y que también lo expresa Jesús: «Entonces dijo a los discípulos: *La mies es abundante pero los braceros son pocos. Rogad al amo de la mies que envíe braceros a su mies*» (Mt 9,37-38). Es el dolor por la falta de personas, por la disminución, por no tener fuerza, por no poder responder a la Misión.

En estos momentos de nuestra historia, en la precariedad de nuestras fuerzas, sentimos la tentación de aferrarnos a lo que tenemos, de sentirnos paralizados ante la impotencia de la tarea y recitar una quejosa letanía de las dificultades con que se encuentra la Vida Consagrada. Ésta es la tentación de la auto-referencialidad, que continuamente tenemos que vencer.

Hay otra manera de situarnos, si nos fiamos de la palabra de Jesús: dejar de mirarnos para mirarle a Él y pedir. Supone salir de nosotros mismos y buscar a Dios y en Dios, es decir, discernir. Sabiendo que la misión es de Él, que el dolor de Dios son sus hijos y situarnos humildemente en esta búsqueda, cuya luz sólo viene de Dios. De nuestra parte nos exige no apartar la mirada de Jesús y de su pueblo, porque Él es nuestro criterio de discernimiento.

Entonces queremos lo que Dios quiere y soltamos sin miedo obras y presencias para ser sencillamente disponibles. El pasado mes de marzo, en los encuentros mensuales de formación de la Unión Internacional de Superiores Generales, tuvimos en Roma una jornada de los Equipos Generales, en la que compartimos sobre la reestructuración de obras y comunidades que estamos llevando a cabo en nuestras Congregaciones. Y pude constatar que la mayoría estamos realizando esta planificación con creatividad, con sincero deseo de seguir evangelizando, según el modo de proceder de cada instituto e implicando a todo el Cuerpo apostólico. Esta situación está poniendo en juego nuestra fe y sabiduría espiritual, la capacidad de generar vida en nuestros institutos. Y sobre todo, en estos procesos se pone en evidencia el amor a la Iglesia y a la humanidad, por eso sabemos que se nos abrirán caminos, porque es el Espíritu el que nos conduce con su luz y su gracia.

Nos sentimos y somos pobres y pequeños, y misteriosamente esto nos acerca más a Aquel por el que vivimos, y esta realidad se va convirtiendo en oportunidad evangélica. Nunca nos hemos sentido tan solidariamente trabajando al lado de otros, compartiendo con los laicos no sólo trabajo, sino carisma y misión. Creo que más que nunca experimentamos esta diversidad carismática de la Vida Consagrada como una riqueza. Somos más conscientes de la única misión de la Iglesia, la *Missio Dei*. La misión es de Dios, nosotros no somos los protagonistas. Nuestra misión la sentimos

recibida, no es nuestra, la acogemos y humildemente nos ponemos a su servicio codo a codo con otros. Somos enviados desde nuestra identidad, con los rasgos de nuestro carisma, para trabajar con todos los que tienen un corazón universal y disponible para la misión de Dios<sup>23</sup>.

#### 4.4. Vida Consagrada en itinerancia

La Vida Consagrada es Misión y es para la Misión. Vivir esta condición de enviados nos sitúa en estado permanente de salida para responder al dolor de Dios, y necesita que el Cuerpo Apostólico de la Congregación se abra a un continuo discernimiento, nadie se puede eximir de esta responsabilidad. Responder compasivamente requiere concreción y el realismo de lo que somos y podemos. Este realismo nos lleva a priorizar lugares y modos de nuestra presencia, y también a aceptar el coste de las presencias que dejamos. Relativizaremos este dolor si descubrimos el sentido de perder para ganar, de morir para dar más vida.

Acoger esta dinámica de itinerancia supone activar nuestra fe y nuestra esperanza, que no nace en el vacío sino cimentada sobre nuestra historia que nos habla de una confianza absoluta en el Dios que camina con nosotros. Itinerancia que supone despojarnos de nuestras seguridades para ir a la «otra orilla», en camino con los pequeños y los últimos. «Encontraremos la vida dando la vida, la esperanza dando esperanza, el amor amando»<sup>24</sup>.

La Vida Consagrada, fiel a su identidad profética y mística, desde esa intimidad con Dios, es enviada a reconocerlo y hacerlo presente en la historia. En salida a las fronteras del mundo, anunciando y viviendo los valores del Reino, siendo Evangelio para los pobres y pequeños.

#### 4.5. Atravesar la Puerta de la Misericordia

Quiero situar mis últimas palabras en el marco del Año Jubilar Teresiano y agradecer con vosotros el don universal de santa Teresa de Jesús. Su persona y su obra son «patrimonio de la Humanidad»<sup>25</sup>, como decía el lema del Congreso Mundial Teresiano, celebrado en Ávila hace unos días.

Miramos a Teresa como un icono de la Vida Consagrada. En esta mujer libre y humilde, porque fue verdadera, reconocemos el deseo y la búsqueda de Dios que nos pone siempre en camino.

El testimonio de su itinerario espiritual nos acerca al «Dios de las Misericordias». Ella, cuando escribe, nos invita a hacer experiencia de Dios. De un Dios que la desborda continuamente con su misericordia, «el que tanto la esperó»<sup>26</sup> Nadie como

---

<sup>23</sup>Cf. ESCLAVAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS: XIX Congregación General, Roma 2012

<sup>24</sup> FRANCISCO, *Carta Apostólica a los consagrados con motivo del Año de la Vida Consagrada*, II 4

<sup>25</sup> Lema del Congreso Mundial Teresiano, Ávila (21/29-9-2015).

<sup>26</sup> SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de su vida*, Prólogo.

Teresa ha sabido poner corazón y palabras a esta experiencia de Gracia en la verdad de su humanidad. Nos ayuda a entrar sin temor en la sacratísima Humanidad de Jesucristo y tratarlo como «amigo verdadero»<sup>27</sup>.

Sin duda la celebración del Año de la Vida Consagrada ha sido enriquecida con este acontecimiento y es igualmente significativo que finalice dentro del Año Jubilar de la Misericordia, que comenzará el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción de María. Ese día, unidos a María, atravesaremos por la Puerta Santa, que en este año es de modo especial *la Puerta de la Misericordia*, dejándonos abrazar por la Misericordia de Dios y recibiendo el envío de ser Misericordia.

---

<sup>27</sup> Ibid. capítulo XXII: «...y veo yo claro, y he visto después, que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere que sea por manos de esta Humanidad sacratísima en quien dijo su Majestad se delita. Muchas veces lo he visto por experiencia: hámelo dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar. si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos».

# 🎯 Comunicación

## *Comunicador: ¿quién es tu prójimo?*

**Cardenal Jorge Mario Bergoglio<sup>28</sup>**

### **Comunicación y Buena Noticia**

Al encarar la reflexión del tema que me fue propuesto no puedo, como cristiano, dejar de referirme inicialmente al Evangelio. No sólo porque la pregunta “¿quién es tu prójimo?” está inspirada en la parábola del buen samaritano, sino –y fundamentalmente– porque el Evangelio del Señor es precisamente comunicar una buena noticia.

### ***El evangelio como buena noticia***

“Vayan por todo el mundo y anuncien el Evangelio”. “Enseñen a todos los hombres a cumplir lo que les he mandado”: la ley de la caridad. El Evangelio es una buena noticia que tenemos la misión de anunciar a todos y “desde los tejados”. Y si ahondamos más, constatamos que los criterios más profundamente humanos del anuncio, también para los nuevos medios de comunicación, son los del Evangelio. Por este motivo abordo el tema desde esta perspectiva. Por otra parte, el desafío que presentan los MCS, con sus tecnologías, su alcance global, su omnipresencia y su influencia en la sociedad y la cultura, son una invitación al diálogo y a la “inculturación del evangelio” en ellos, a la vez que se abre una “evangelization de los medios”.

### ***El poder de los MCS y de los comunicadores***

La profesión de comunicadores y la tecnología de los MCS permiten hoy llegar muy lejos y muy adentro del corazón humano, allí donde se toman las decisiones importantes. Esto se debe a la poderosa potencialidad de la imagen para penetrar, conmover, mover, motivar y afectar nuestra conducta. La imagen nos mueve, motiva nuestras opciones y decisiones. Organiza interiormente la estructura de significado y sentido de la existencia, la imagen va generando las fuerzas operativas que nos mueven. A semejanza de la Palabra creadora de Dios, los comunicadores con la sola

---

<sup>28</sup> Conferencia del arzobispo de Buenos Aires pronunciada el 10 de octubre de 2002, en el acto de apertura del III Congreso de Comunicadores organizado por la Conferencia Episcopal Argentina.

palabra pueden recrear o crear una imagen de la realidad. Y la tecnología actual globaliza y hace simultáneo este poder de la palabra.

Por eso es tan fascinante y poderosa la acción y la influencia de los MCS en la sociedad y en la cultura. Pueden ayudar a crecer o a desorientar. Pueden recrear las cosas, informándonos sobre la realidad para ayudarnos en el discernimiento de nuestras opciones y decisiones, o pueden crear por el contrario simulaciones virtuales, ilusiones, fantasías y ficciones que también nos mueven a opciones de vida. Esto explica en parte el porqué son tan grandes las inversiones en el desarrollo de la tecnología para los MCS y para la producción de imágenes. Los MCS son hoy instrumentos principales en la creación de la Cultura. Gracias a los Medios, los comunicadores llegan a enormes audiencias. Me gusta categorizar este poder que tienen los Medios con el concepto de “proximidad”. Su fuerza radica en la capacidad de acercarse y de influir en la vida de las personas con un mismo lenguaje globalizado y simultáneo. La categoría de “proximidad” entraña una tensión bipolar: acercarse - alejarse y -a su vez en su interioridad- también está tensionada por el modo: acercarse bien y acercarse mal. En el ejercicio de los Medios hay una manera de aproximarse bien y otra de aproximarse mal.

### ***La parábola del buen Samaritano***

Teniendo en cuenta esto entramos de lleno en nuestro tema con la pregunta: “¿Comunicador ¿quién es tu prójimo?” que nos sitúa en el ámbito de la parábola del buen samaritano. La pregunta que nos hacemos es la que aquel escriba (comunicador) le hizo a Jesús: “¿y quién es mi prójimo?”. Como diciendo: el mandamiento de amar es claro para todos, el problema se da en lo concreto: ¿quién es el que tengo que amar? Cómo se da la proximidad en el uso de los MCS? ¿Cada prójimo individualmente, la totalidad de los hombres, los grupos...? ¿Puede darse simultáneamente un mensaje evangélico que no sólo sea altamente personalizado sino también “global” ? ¿Cómo se ama a través de los MCS?

### ***La imagen del hombre apaleado al costado del camino***

Aunque la imagen del hombre apaleado por los ladrones que quedó tirado al costado del camino, es una imagen que apunta al proceder evangélico -ético y morales lícito trasponer lo que se dice del bien, al terreno de la verdad y de la belleza. Más aún: bien, verdad y belleza son inseparables cuando nos comunicamos: inseparables por presencia o también por ausencia, y -en este último caso- el bien no será bien, la verdad no será verdad ni la belleza será belleza. Actualmente hay una “mayoría invisible” de excluidos, que están al costado del camino, apaleados y robados, ante los cuales pasan los medios de comunicación. Los muestran, les dan mensajes, los hacen hablar... Entra en juego aquí la proximidad, el modo de aproximarse. El modo de hacerlo determinará el respeto por la dignidad humana.

### ***Aproximarse bien, aproximarse mal desde el punto de vista estético***

Así como a nivel ético, aproximarse bien es aproximarse para ayudar y no para lastimar, y a nivel de la verdad, aproximarse bien implica transmitir información veraz, a nivel estético, aproximarse bien es comunicar la integridad de una realidad, de manera armónica y con claridad. Aproximarse mal en cambio es aproximarse con una estética desintegradora, que escamotea algunos aspectos del problema o que los manipula creando desarmonía y que oscurece la realidad, la afea y la denigra.

### ***Aproximarse mal: con una estética desintegradora***

Cuando las imágenes y las informaciones tienen como único objetivo inducir al consumo o manipular a la gente para aprovecharse de ella, estamos ante un asalto, ante una golpiza. Es la sensación que se tiene muchas veces ante el bombardeo de imágenes seductoras y de imágenes desesperanzadoras. Sentirse bombardeado, invadido, conmocionado, impotente para hacer algo positivo... son sentimientos equivalentes a los que se tiene en un asalto, en un acto de violencia, en un secuestro.

Y precisamente detrás de una estética desintegradora que instala la desesperanza de poder descubrir la verdad y de poder hacer el bien en común, es necesario saber discernir y poder desenmascarar la existencia de intereses políticos y económicos de algunos sectores que no apuntan al bien común.

Esta estética desintegradora opera en nosotros de la misma manera que la “ley” y la “liturgia” en el corazón de los que pasaron de largo ante el herido -el levita y el sacerdote-. Ellos no vieron la realidad de un prójimo herido, sino la “pseudorealidad” de un “ajeno”, de un “extraño” ante quien conviene pasar de largo. En aquella época lo que los alejó eran sus “ideas” de la ley y del servicio cultural. También hoy se corre el riesgo de que algunos medios instalen una ley y una liturgia que nos hacen pasar de largo ante el prójimo concreto para buscar y servir otros intereses.

### ***Aproximarse bien: comunicar la belleza de la caridad en la verdad***

Aproximarse bien, implica comunicar la belleza de la caridad en la verdad. Cuando la verdad es dolorosa y el bien difícil de realizar, la belleza está en ese amor que comparte el dolor, con respeto y de manera digna. Contra todo sensacionalismo, hay una manera digna de mostrar el dolor que rescata los valores y las reservas espirituales de un pueblo y ayuda a superar el mal a fuerza de bien, a trabajar hermanados en la voluntad de superación, en la solidaridad, en esa proximidad que nos engrandece abiertos a la verdad y al bien. Por el contrario, “el enfrentamiento y la descalificación como sistema, incluso mediante el uso irresponsable de los medios de comunicación, se oponen a la convivencia plural y madura” como hemos dicho los obispos argentinos.

## ***Comunicar lo que se ha contemplado***

Los primeros anunciadores de la Buena Noticia de Jesucristo anunciaron en términos de contemplación y testimonio: “Lo que hemos visto y oído, lo que hemos tocado con nuestras manos, eso les comunicamos para que ustedes tengan vida”. Frente a la infinidad de imágenes que pueblan el mundo, sólo el ejercicio austero de la contemplación del Rostro de Cristo nos permite espejar con realismo nuestra condición herida por el pecado en los ojos misericordiosos de Jesús, y descubrir en el Rostro del Señor el rostro de nuestros hermanos para hacernos más prójimos. Sólo el ejercicio austero de la contemplación del Rostro de Cristo nos permite descubrir el mismo Rostro del Señor en el otro para hacernos prójimos. Jesús es el Rostro visible del Dios invisible, y los excluidos y marginados de hoy son el rostro visible de Jesús. La contemplación es la que permite unir la paradoja de hacer visibles los rostros invisibles.

Aproximarse bien también siempre implica dar testimonio. Contra la neutralidad aparente de los medios, sólo el que comunica jugando su propia ética y dando testimonio de la verdad es confiable para aproximarnos bien a la realidad. El testimonio personal del comunicador está en la base misma de su confiabilidad.

## ***Comunicar con sentido de trascendencia***

“Los medios de comunicación social pueblan actualmente el mundo de imágenes que no son ventanas al Otro”. Aproximarse bien es mostrar siempre esa imagen abierta al Otro, a la trascendencia, a la esperanza, como nos muestran las imágenes de la Virgen y de las catedrales. Aproximarse bien es todo lo contrario de la propuesta frívola de algunos medios que transmiten una caricatura del hombre. Es mostrar y resaltar su dignidad, la grandeza de su vocación, la belleza del amor que comparte el dolor, el sentido del sacrificio y la alegría de los logros.

Los medios pueden ser, lamentablemente, espejo de la sociedad en sus aspectos peores o en los frívolos y narcisistas. Pero también pueden ser ventana abierta por donde fluye sencilla y animadoramente la belleza del amor hermoso de Dios en la maravilla de sus obras, en la aceptación de su Misericordia y en la solidaridad y justicia con el prójimo.

## ***Comunicar la belleza del amor que comparte la alegría y el dolor***

Las imágenes de la parábola del aceite y el vino con que el buen samaritano comunica su amor al herido son dos imágenes muy decidoras para un comunicador. Lo que hay que comunicar debe ser aceite perfumado para el dolor y vino sabroso para la alegría. La belleza del amor es alegre sin frivolidad. Pensamos en la belleza de una Madre Teresa o de un Don Zatti, cuya luminosidad no proviene de ningún maquillaje ni de ningún efecto especial sino de ese resplandor que tiene la caridad cuando se desgasta cuidando a los más necesitados, ungiéndolos con ese aceite perfumado de su ternura. Sólo el samaritano goza la belleza de la caridad y el

compromiso de amar y ser amado gratuitamente. Una experiencia que empieza por el conmoverse las entrañas, por el enternecerse el corazón; por hacerse sensible a la belleza y hermosura de Dios en el hombre (La gloria de Dios es el hombre viviente); a la belleza y el gozo de la paz y la comunión del hombre con Dios en el servicio humilde al herido anónimo, desconocido.... en los márgenes de la ciudad, del Mercado, de la sociedad... en la intemperie del camino... Se trata de una belleza distinta. Es la belleza del Amor.

En el Jesús roto de la cruz que no tiene apariencia ni presencia a los ojos del mundo y de las cámaras de TV, resplandece la belleza del amor hermoso de Dios que da su vida por nosotros. Es la belleza de la caridad, la belleza de los santos. Cuando pensamos en alguien como la madre Teresa de Calcuta nuestro corazón se llena de una belleza que no proviene de los rasgos físicos o de la estatura de esta mujer, sino del resplandor hermoso de la caridad con los pobres y desheredados que la acompaña.

Del mismo modo hay una hermosura distinta en el trabajador que vuelve a su casa sucio y desarreglado, pero con la alegría de haber ganado el pan de sus hijos. Hay una belleza extraordinaria en la comunión de la familia junto a la mesa y el pan compartido con generosidad, aunque la mesa sea muy pobre. Hay hermosura en la esposa desarreglada y casi anciana, que permanece cuidando a su esposo enfermo más allá de sus fuerzas y de su propia salud. Aunque haya pasado la primavera del noviazgo en la juventud, hay una hermosura extraordinaria en la fidelidad de las parejas que se aman en el otoño de la vida, esos viejitos que caminan tomados de la mano. Hay hermosura, más allá de la apariencia o de la estética de moda en cada hombre y en cada mujer que viven con amor su vocación personal, en el servicio desinteresado por la comunidad, por la patria; en el trabajo generoso por la felicidad de la familia... comprometidos en el arduo trabajo anónimo y desinteresado de restaurar la amistad social... Hay belleza en la creación, en la infinita ternura y misericordia de Dios, en la ofrenda de la vida en el servicio por amor. Descubrir, mostrar y resaltar esta belleza es poner los cimientos de una cultura de la solidaridad y de la amistad social.

### ***Comunicar con sentido del tiempo: con memoria y esperanza***

El Papa nos habla de la cultura cristiana como aquella de las noticias dignas de recuerdo (Jornada mundial de las comunicaciones 2000). Refundar hoy los vínculos sociales y la amistad social implica, para el comunicador, rescatar del rescoldo de la reserva cultural y espiritual de nuestro pueblo, la belleza de la comunión, de la comunidad nacional, rescatar y comunicar la memoria y la belleza de nuestros héroes, de nuestros proceres y de nuestros santos.

Esta reserva cultural es el espacio de la cultura, de las artes, espacio fecundo donde la comunidad contempla y narra su historia de familia, donde se reafirma el sentido de pertenencia a partir de los valores encamados y acuñados en la memoria colectiva. Estos espacios comunitarios de ocio fecundo, cuasi sagrado, son ocupados

hoy muchas veces por los MCS con entretenimientos que no siempre engendran verdadera alegría y gozo. La comunicación meramente puntual, carente de historia, no tiene sentido del tiempo y, consiguientemente, no es creadora de esperanza. En cambio, el comunicador -por propia vocación- es un testigo confiable y cualificado de la belleza del amor hermoso que se hace prójimo, que se hace capaz de asumir y continuar una historia.

### **Conclusión: un doble desafío**

Por un lado el comunicador cristiano tiene el desafío de conocer, sentir y gustar la belleza del Amor hermoso de Dios, vivo en Jesucristo muerto y resucitado, en su Presencia y acción misericordiosa entre nosotros, por el ejercicio de la Contemplación... Este encuentro personal con Jesucristo es luz para discernir frente a la imagen vacía de cierta cosmetología tecnológica, la belleza de los valores. La experiencia de la belleza del amor hermoso de Dios, por el encuentro personal y comunitario con Jesucristo es el motor de la creatividad cristiana para la comunicación de la Buena Noticia.

Por otra parte, el desafío de compartir esta belleza del Amor hermoso de Dios con una vocación tan específica, cuando la revolución de las comunicaciones y la información en plena transformación ponen a la Iglesia ante un camino decisivo como es cruzar estos nuevos umbrales culturales, que requieren nuevas energías e imaginación para proclamar el único evangelio de Jesucristo, exige al comunicador cristiano mucha formación y verdadero profesionalismo para el uso competente de la tecnología y el lenguaje de los Medios.

### ***El otro buen Samaritano***

San Maximiliano María Kolbe, mártir de la caridad, prisionero 16670 de Auschwitz, propuesto por Juan Pablo II, por el uso que hizo de los MCS, como patrono de los periodistas en todas las ramas de las comunicaciones sociales, supo aproximarse a los heridos del campo de concentración. Y allí donde también estaban los carceleros y verdugos despojando y golpeando, él se hizo prójimo como el mismo Jesús, ofreciendo su vida en servicio por amor, en lugar de Francisco Gajowniczek condenado a muerte... Él, como modelo de todos los comunicadores, nos hace ver que la manera más competente de comunicar el Evangelio de Jesucristo es la belleza del testimonio del compromiso con la verdad y la donación de la vida por amor.

Señor, que nos hagamos prójimos como el Buen Samaritano del Evangelio, que no es otro que vos mismo transfigurado por la belleza del Amor hermoso de Dios por nosotros; que se nos conmuevan las entrañas y se nos enternezca el corazón frente al hermano; que descubramos la belleza del Amor hermoso con el que somos salvados, para que comuniquemos con gozo la belleza del compromiso de amar al prójimo según el ejemplo de Maximiliano Kolbe.

# 🎯 Vida salesiana

¿En qué se parece...?

**Carlos Rey Estremera<sup>29</sup>**

## Adivina...

¿Quién no ha jugado alguna vez a eso de...: en qué se parece un cuervo a un escritorio, una boda a un divorcio, un huevo a una castaña, un boxeador a un cura, una manzana a un avión, un aeropuerto a una peluquería, un ordenador a un borracho, una bruja a un fin de semana, un sauce a un zapato...?

Puede, querido lector, que hayas esbozado una sonrisa al recordar alguna otra adivinanza algo más picantilla, que yo he evitado. Aprovecho tu posible sonrisa para invitarte a adivinar en qué se parecen estas tres historias.

Días atrás leí un testimonio de **Carlo Carreto** (2-4-1910 a 4-9-1988)<sup>30</sup> que, además de impresionarme, me recordó otros y me confirmó en ciertas vivencias personales que vi reflejadas en el relato. Las comparto contigo porque me parecen muy útiles para vivir.

Estaba Carlo Carreto en Catania (Italia) ante un numeroso grupo de minusválidos y disminuidos que querían dialogar con él. Buscando un gancho para comenzar, coge su bastón y empieza:

*Os voy a contar la historia de este bastón. Hace casi 30 años, había ido yo a África para clarificarme sobre mi vocación. Mi idea era consagrarme a los últimos, a los más pobres. Y empecé a soñar. ¿Sabéis qué soñaba? En ir a los Alpes y crear fraternidades entre los guías alpinos que ayudan a cuantos se ven envueltos en las borrascas. Yo había sido siempre un gran escalador y capitán de los alpinos. La montaña era mi pasión y quería dedicar mi pasión a los hermanos que se debatían entre las nieves.*

*¿Sabéis qué me sucedió a mitad del sueño? Tenía que hacer una marcha de 600 Kms. por el desierto. No estaba demasiado en forma, y un enfermero, que me*

---

<sup>29</sup> Texto inédito para Forum.com.

<sup>30</sup> Ver: C. CARRETO, *¿Por qué, Señor? El dolor, secreto escondido en los siglos*, Madrid, San Pablo 2001<sup>8</sup>, p. 5-14.

*quería y atendía con afecto, me dijo: -Te pongo una inyección y así superarás mejor la empresa. -Pónmela -le dije. Y él, con todo el amor que sentía por mí, me inyectó en el muslo un veneno esclerotizante que en menos de 24 horas me paralizó una pierna. Se había equivocado de ampolla.*

*Me quedé cojo. Apenas mejoré volvió a mi mente el sueño de ser guía alpino. Adiós sueño de escalar. Me sentí inmensamente defraudado. ¿Cómo había podido pasar aquello? Pienso en dedicarme a quienes están agonizando entre la tempestad para salvarlos y... ¿Es posible un caos tan caótico? ¿Puede Dios, a quien quiero servir, ser tan incapaz en esta coyuntura? ¿Por qué no ha intervenido? ¿Por qué no me ha ayudado...? Yo quiero servirlo y él parece que se burla de mí. Me parecía algo bueno dedicarme a mis hermanos ateridos entre la nieve... ¿Qué voy a hacer ahora? Sin duda que ¡nada de guía alpino!*

*Hoy, treinta años después, os digo: aquella inyección equivocada que me paralizó una pierna para siempre no fue una desgracia, fue una gracia. O mejor, siendo una desgracia Dios la ha transformado en gracia. Con la pierna arrastras e incapaz de escalar, me dediqué a la meteorología. Sin quererlo, me encontré en mi ambiente: el desierto. En lugar de nieve he pisado arena. La vida, de pronto, se me presentó como era: un inmenso éxodo personal, y el desierto, un óptimo ambiente de silencio y de oración. La pierna herida me ha ayudado a estar más quieto. Quietos yo, que no hacía más que correr y tratar de hacer dos cosas a la vez. La desgracia me empujó hacia otros caminos.*

*Aun queda un espacio inmenso para el misterio, pero Dios me ha quitado la gruesa venda que me cegaba y hundía en la miseria y el nudo de mi carne herida me ha ayudado a descubrir el secreto de Dios. Solo entonces, exultante de gozo, tuve la experiencia de que era posible y estupendo el encuentro con él, el Eterno. Yo he llegado a creer en Dios por experiencia, y digo siempre: “Creo en Dios porque le conozco”.*

Historias como esta pueden gustar más o menos, pero ¡qué fuerza tiene el testimonio de sus protagonistas! Veamos alguna más.

**Pablo de Tarso** pensaba hacer algo bueno persiguiendo a los seguidores de Jesús, hasta que una gran luz le envuelve, cae en tierra y oye una voz: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Levántate, entra en la ciudad y allí se te dirá lo que debes hacer” (Cf. Hch 9,1-8).

Años después se presentará siempre como “llamado a ser apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios” (Gal 1,1; Rom 1,1; 1Cor 1,1; 2Cor 1,1; Ef 1,1; Col 1,1; 1Tm 1; 1Tm 1) y dejará muy claro que aquella caída en tierra y la ceguera que le produjo aquella luz fue, en verdad, su puerta de acceso al plan salvífico de Dios realizado en Cristo. Estas son sus palabras:

*Todo lo tengo por pérdida ante el sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien he sacrificado todas las cosas, y las tengo por basura con tal de ganar a Cristo (Flp 3,8).*

*A mí, el menor de todos los santos, me fue concedida la gracia de anunciar a los gentiles la insondable riqueza de Cristo, y esclarecer cómo se ha cumplido el misterio escondido desde siglos en Dios, creador del universo (Ef 3,8-9).*

*Tengo motivos, pues, para sentirme orgulloso ante Dios en nombre de Cristo Jesús (Rom 15,17).*

El objetivo de **Juan Bosco** hasta su visita a las cárceles no era otro que ser un buen sacerdote diocesano, pero la fortísima impresión que le produjo lo que allí vio le cambió la vida. Estremecido y profundamente herido por aquella realidad que desconocía, queda horrorizado y cae en la cuenta de la fuerza y hondura del mal: “cuán grande es la malicia y miseria de los hombres”; de su alcance: “una muchedumbre de muchachos, de doce a dieciocho años”; de su efecto destructor: “sanos, robustos y de ingenio despierto, pero ociosos, picoteados por los insectos y faltos de pan espiritual y material”; de su presencia en todos los ámbitos: “oprobio de la patria, deshonor de las familias e infamia propia”; de su poder casi invencible: “muchos salían con el propósito firme de una vida mejor, pero pronto regresaban al lugar de donde acababan de salir” y de que la causa de todo ello es: “el abandono que sufren los muchachos” (MO 88).

La maldad y miseria humanas, que él describe décadas después con expresiones fortísimas, irrumpen en su vida del modo más dramático posible: encarnada en rostros juveniles y mostrando sus peores consecuencias.

Don Bosco captó la trascendencia de aquella experiencia como un momento privilegiado de la gracia de Dios que provocó un giro en su existencia. Lo refleja su postura, pocos años después, ante la encrucijada en que le pone la marquesa Barolo:

*Mi respuesta está ya pensada. Dios me ha ayudado siempre y seguirá haciéndolo. He consagrado mi vida a la juventud y no puedo alejarme del camino que me ha trazado la divina Providencia (MO 118). Y casi al final de su vida escribe: “Dios mismo guió siempre todos los sucesos” (MO 5).*

### ¿En qué se parecen...?

Al inicio de este articulo he hecho mención de un juego, pero mi intención no era jugar, sino compartir contigo experiencias serias, por si te son útiles. ¿Percibes las semejanzas existentes en estas historias? Yo capto tres. ¿Y tú? Si te animas, da un paso más y busca parecidos entre alguna(s) de estas historias y tu propia vida. Puede que te ilumine o confirme en algo que has vivido pero no has clarificado todavía.

Como ves, dejo el relato en abierto. Es lo que pretendo. ¡Buen provecho!

## *Testigos de Dios en el claroscuro de la vida* *Declaración de intenciones*

**Miguel Ángel Calavia**

### **Un tema recurrente, en una situación irreversible**

Siempre que sale a relucir el tema de la vida religiosa consagrada y su significado y misión en la cultura occidental, la mayoría de respuestas apuntan en la misma dirección: ser testigos visibles y creíbles de Dios en el actual contexto de secularización y de irrelevancia de la fe. Un contexto socio-cultural, que está ahí, como realidad irreversible, en la que las luces y las sombras se mezclan en un *claro-oscuro* en el que no acabamos de encontrar cómodos:

- Un *claro-oscuro*, donde las seguridades de antaño parecen haber dejado paso a preguntas e interrogantes de todo tipo sobre uno mismo, la comunidad, la congregación, la iglesia y la sociedad en general... Situación vivida por algunos como presagio del atardecer y de la noche; y por otros, plagada de signos y testimonios de vida evangélica que hacen apostar por el amanecer de un nuevo día.

- Un *claro-oscuro* que impide “relajarnos” o “des-pistarnos” en el camino de nuestra vida, y nos invita a la vigilancia, a caminar con los ojos bien abiertos, como cuando conducimos a esa hora molesta del atardecer y el amanecer. Y no solo para sortear el obstáculo imprevisto, sino sobre todo para descubrir el paso y las huellas de Dios a nuestro alrededor.

- Un *claro-oscuro* que no nos permite instalarnos en la constante *pregunta*, propia del que cuestiona y duda de todo; pues necesitamos respuestas para vivir. Pero tampoco contentarnos o instalarnos en cualquier *respuesta*, porque la vida, y con ella la fe, no es un tatuaje indeleble al paso del tiempo, ni una casa al abrigo de la intemperie, sino un camino donde Dios nos sorprende y nos des-instala a cada paso. Lo experimentó el mismo Jesús y también los creyentes, y nosotros no tenemos porqué ser una excepción.

- Un *claro-oscuro* donde no es *verdad* todo lo que sucede en la propia vida, en la comunidad, en la congregación, en la iglesia y en el mundo; nos lo confirma la vida de cada día. Pero tampoco es *mentira*: porque también nos lo confirma la experiencia

diaria. Semejante lectura nos daría motivos para abandonarnos al desencanto o la rutina; o lo que es lo mismo, dudar de que el Espíritu actúa en la entraña de la vida y de a cultura.

- Un *claro-oscuro* donde lo que acontece no es blanco o negro, bueno o malo (no acabamos de superar la visión maniquea de la vida y del mundo); sino un inmenso campo donde germinan y crecen juntos el trigo y la cizaña.. Situación que, lejos de justificar la mediocridad o los fundamentalismos del signo que sean, nos invita a leer, interpretar y vivir lo que sucede en actitud de discernimiento desde la mirada de Jesús y los criterios evangélicos.

- Un *claro-oscuro*, finalmente, que pone a prueba la calidad de nuestro amor y de nuestra esperanza. Recordemos las palabras de Pablo a los Corintios hablando del amor cristiano: *ahora vemos confusamente en un espejo...y conocemos limitadamente; entonces veremos cara a cara y comprenderé como Dios me ha comprendido* (1 Cor 13, 12). O aquellas otras de Juan, hablando de nuestra condición de hijos de Dios: *Somos ya hijos de Dios, aunque todavía no se ve lo que vamos a ser* (1 Jn 3,2).

Lo que lejos de molestarnos por ver nuestra imagen personal y comunitaria distorsionada o borrosa en el actual escaparate del mundo (como se veía el mismo Pablo en los espejos de la época!), es un estímulo y una llamada a que los perfiles de nuestra vida religiosa aparecen cada vez más diáfanos en el momento actual.

### **Testigos de Dios...**

En este *claro-oscuro*, con contornos tan poco definidos, somos convocados personalmente y en comunidad a ser testigos visibles y creíbles del Dios vivo.

- Signo visible y creíble de Dios, en primer lugar, para los hermanos de comunidad. Sobre todo para aquellos que, con el paso de los años y marcados quizás por experiencias negativas, han perdido la ilusión vocacional de tiempos pasados; y ven cómo su vida consagrada transcurre monótona y sin mordiente, reducida a unas funciones o actividades de mera gestión.

- Signo visible y creíble de Dios para los colaboradores cercanos que integran las Comunidades Educativas de nuestras obras. Sobre todo para aquellos que comparten el carisma salesiano y trabajan con ilusión, pero tienen dificultad para vivirlo como vocación cristiana y como expresión del compromiso por el Reino.

- Signo visible y creíble del amor y la salvación de Dios para los jóvenes y adultos, sobre todo para aquellos cuya vida, por circunstancias personales o influencias ajenas, se ven despojados de su dignidad de personas, han perdido la esperanza y viven abocados a una vida cada vez más empobrecida.

- Signo visible y creíble de la vida alternativa que Dios nos muestra continuamente en Jesús; especialmente para aquellos, jóvenes y adultos, que viven demasiado

ocupados o incluso anestesiados por tantas cosas materiales, que cierran la puerta a la pregunta religiosa y a la Buena Noticia de Jesús.

- Signo visible y creíble de Dios en la zona. Como comunidad con las puertas y manos abiertas para todos, especialmente para aquellas personas que necesitan un lugar de referencia donde se les escuche y atienda en sus necesidades más inmediatas, pero también donde se les oriente hacia formas de vida más evangélica, y se les de razones para vivir y para esperar.

- Signo visible y creíble como salesianos, herederos de un carisma que vive y ofrece a la Iglesia y el mundo una lectura peculiar de la persona y mensaje de Jesús: el Buen Pastor que se preocupa de los pequeños y sencillos; los busca y los acompaña para que también ellos puedan experimentar la vida del Reino, o en expresión tradicional en nuestra pastoral: comprometerse en el camino de la santidad.

### **A pesar de todo...**

Y testigos de Dios, contando con las propias limitaciones e incoherencias y con las dificultades que nos llegan del entorno.

- A pesar de la irrelevancia de la fe en ámbitos cada vez más amplios de la sociedad, o de un cristianismo neo-liberal que no permite que la relación con Dios trastoque los criterios y valoraciones del capitalismo salvaje y su oferta de bienestar material al precio que sea.

- A pesar de que algunos cuestionen la vida religiosa consagrada en aras del auge de la vocación y tarea de los laicos en la Iglesia y en el mundo.

- A pesar de que las fuerzas sean cada vez más exiguas por edad o por falta de vocaciones.

- A pesar de nuestras incoherencias y pecados, que empañan la fe y la esperanza de la comunidad y eclipsan la significatividad de nuestra vida.

- A pesar del escaso fruto conseguido, comparado con la ilusión pastoral y el esfuerzo con que se trabaja.

A pesar de ello, y de otras muchas cosas, tendremos que con-fiar más en la promesa del Señor: la semilla del Reino es como el grano de mostaza que crece, a veces sin saber cómo, hasta convertirse en un árbol que supera todas las expectativas. Lo que nos hace más humildes, más esperanzados y, sobre todo, nos invita a trabajar por el Reino desde la gratuidad.

## Para la reflexión personal y diálogo de la comunidad

*¿Cómo resuena en nuestra vida personal y comunitaria la invitación del CG,27 a ser “místicos”, a vivir la experiencia de la primacía de Dios, como centro unificador de nuestra vida y misión?*

*¿Qué lugar ocupa la llamada a ser “testigos de Dios” en nuestro proyecto personal y comunitario? ¿De qué manera se hace visible y creíble este testimonio?*

*“Ser testigo de Dios” en este momento de vida, me convida a... ¿Y a nuestra comunidad?*

# ◎ Pastoral juvenil

## *El sacramento de la penitencia: fiesta de la misericordia*<sup>31</sup>

**Fernando Millán Romeral (Prior general O. Carm.)**

### 1. Francisco, Papa de la misericordia

Es bien conocida la insistencia del Papa Francisco, desde que comenzó su pontificado en marzo de 2013, en el tema de la misericordia como rasgo esencial de Dios y, por tanto, como rasgo que debería ser esencial y distintivo de la Iglesia. Ya en el primer *Angelus* desde el balcón de la plaza de San Pedro (el 17 de marzo, pocos días después de su elección), el Papa insistía en la necesidad que tiene el mundo de la misericordia y en la misión tan importante y hermosa que, en este sentido, tiene la Iglesia. Más aún, en este comentario que llegaría a ser paradigmático del pensamiento de Francisco, el Papa contó una sencilla anécdota de una anciana que fue a confesarse con él cuando visitaba un hospital en Buenos Aires. Tras un simpático diálogo, la anciana dijo al entonces Arzobispo Bergoglio: “*Si el Señor no perdonara todo, el mundo no existiría*”. El Papa, con no poco sentido del humor, se preguntaba entonces si aquella anciana no habría estudiado en la Gregoriana. Pero, ya con más gravedad, afirmaba solemnemente: “*Porque ésa es la sabiduría que concede el Espíritu Santo: la sabiduría interior hacia la misericordia de Dios*”.

Sin duda, es ésta una de las claves para entender el pensamiento y el talante del Papa Francisco, así como su concepción eclesiológica. La misericordia se ha convertido (siempre lo ha sido) en una de las notas esenciales de la Iglesia. Más allá de lo anecdótico (la famosa *miseriordia* que se repartió en la Plaza de San Pedro) o el neologismo *miseriordear*, empleado varias veces por Francisco, no cabe duda de que, si se analizan los discursos y las homilias del Papa, la misericordia es uno de los ejes de su acción pastoral y una constante de su magisterio.

También en la *Evangelii Gaudium*, el Papa hace referencias constantes a la misericordia. Basándose en la autoridad de Santo Tomás, señala que “*en sí misma la misericordia es la más grande de las virtudes, ya que a ella pertenece volcarse en otros y, más aún, socorrer sus deficiencias*” (EG, 37); asimismo, en el número 112, indica

---

<sup>31</sup> Publicado en el número especial de “Misión joven” dedicado al Año de la Misericordia.

Francisco que “*la salvación que Dios nos ofrece es obra de su misericordia*”; y, más adelante (EG, 114) afirma que “*la Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio*”; por último (y son sólo unas muestras entre otras muchas posibles), el Papa apunta en varias ocasiones a la misericordia como clave de la opción por los pobres y por los últimos: “*Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga «su primera misericordia»*” (EG, 198).

Pues bien, entre todas esas menciones, hay una que relaciona la misericordia con el sacramento de la penitencia y que nos da pie a esta reflexión. Sin perder el tono provocador, humorístico si se quiere, y al mismo tiempo hondo y pastoral, el Papa señala lo siguiente:

*El confesionario no debe ser una sala de torturas sino el lugar de la misericordia del Señor que nos estimula a hacer el bien posible (...). A todos debe llegar el consuelo y el estímulo del amor salvífico de Dios, que obra misteriosamente en cada persona, más allá de sus defectos y caídas.*

A raíz de esta frase, podemos preguntarnos si el sacramento de la penitencia o de la reconciliación muestra realmente la misericordia de Dios, si es percibido así y qué podríamos hacer para que fuese un instrumento y un signo más visible de todo ello.

## **2. Un sacramento en crisis**

Antes de pasar a responder a estas preguntas, conviene recordar que el sacramento de la penitencia arrastra una larga crisis pastoral. Es ya un tema clásico que incluso merece un lugar en los manuales. Son muchos los análisis, y las interpretaciones de la crisis y, más aún, las propuestas pastorales al respecto. No hay soluciones mágicas, ni valen los análisis simplistas. Hay muchas causas (y muy complejas) de esta crisis. Algunos autores tienden a cargar la responsabilidad sobre el mundo moderno, sobre la sociedad, sobre la falta de sentido de pecado y de responsabilidad moral que parecen imperar en nuestra sociedad posmoderna y (digamos, por contagio) en nuestra Iglesia. Otros autores tienden a poner el acento en la responsabilidad de la Iglesia misma que no ha sabido actualizar el sacramento ni hacerlo atrayente o expresivo.

Hay quien dice que el sacramento de la penitencia es la gran asignatura pendiente de la reforma litúrgica del Vaticano II y que, en la mayoría de los casos, se sigue celebrando exactamente igual a como se hacía antes del Concilio. No faltan, sin embargo, los que ven ciertos signos de una reactivación pastoral del mismo o los que detectan, al menos, una cierta “añoranza”, el vacío, la necesidad de vivir y celebrar el perdón de Dios y la reconciliación.

Para dar una idea de lo complejo del tema, los teólogos y los liturgistas no se ponen de acuerdo ya en cuanto al nombre del sacramento. Se habla de sacramento de la

penitencia, de la reconciliación, del perdón o de la confesión. Cada uno de esos nombres subraya una determinada dimensión o elemento del sacramento. No son excluyentes sino complementarios y los últimos papas suelen utilizarlos indistintamente, quizás para evitar (que no faltan) empleos ideologizados o sectarios de uno u otro nombre. Quizás a esta lista debemos añadir a partir de ahora el título (hermoso, sin duda) de “sacramento de la misericordia”.

Al hablar de esta crisis, podemos preguntarnos si no debería hacerse primeramente una buena *diagnosis* de la misma en las diversas comunidades, grupos, parroquias, etc., para saber de qué hablamos exactamente cuándo nos referimos a la crisis y precisar así su sentido. En esta línea, habría que destacar cuatro posibles niveles en los que se da la crisis:

- Así, en un *primer nivel* que podríamos denominar *epidérmico o superficial*, se pone en cuestión la manera concreta de celebrar el sacramento en un contexto determinado: la forma de "confesar" de este sacerdote (morbo, curioso, indiferente, mecánico, aburrido), o la manera de confesar del penitente (superficial, escrupuloso, pesado), o se cuestiona un modo deficiente de celebrar (celebraciones demasiado largas o canciones no adecuadas).
- Un *segundo nivel* apuntaría hacia la confesión misma (que vendría cuestionada), es decir, hacia *la forma usual y ordinaria de celebrar el sacramento* (individualista, humillante, etc.).
- Un *tercer nivel* apuntaría hacia la *necesidad y existencia misma* de un sacramento para el perdón. Para quienes se mueven en este nivel, bastaría con pedir perdón a Dios (en el interior de la conciencia) y a quien hubiese afectado la posible falta. En este tercer nivel se situaría la frontera entre el creyente y el no creyente, o mejor dicho, aquí se englobaría una amplia mayoría de creyentes "sociológicos". Evidentemente, aquí estarían ya en juego elementos más fundamentales como la mediación eclesial o la necesidad de celebrar. Además, en este posicionamiento, suele haber un concepto de Dios un tanto borroso y etéreo. Faltaría, además, una cierta confrontación moral: el concepto de pecado se difumina y se pierde en un individualismo subjetivista, cuyos únicos límites vienen dados como mucho por el respeto a unas normas de convivencia.
- Por último, en un *cuarto nivel* se cuestionaría *la existencia misma del pecado* y lógicamente de algo similar a lo que denominamos penitencia. Evidentemente, estos “niveles” de crisis, no son categorías cerradas y claramente definidas. Hay toda una (valga la expresión) gradualidad de crisis y en muchos casos los límites entre un grupo y otro fluctúan y son permeables.

Por tanto ¿no debería ser el primer criterio pastoral a seguir el hacer una buena diagnosis (en cada parroquia, en cada grupo, en cada persona) de la tan traída crisis y

ver en cada caso qué es lo que está en crisis, qué se cuestiona, qué es lo que no funciona? Difícilmente, por ejemplo, un grupo de jóvenes puede plantearse la validez de la confesión como medio penitencial, cuando no están a un nivel catequético que les permita comprender y valorar (aunque sea de forma no teórica sino vivencial) conceptos como encarnación, Espíritu, gracia, Iglesia, conversión, etc. El discurso sobre la penitencia *patina* en estos casos. Por ello, muchos expertos en el tema insisten en la necesidad de incluir la penitencia en un proceso mucho más amplio de evangelización y catequización y no como una especie de "aerolito" caído del cielo, desconectado de todo un proceso de conversión personal y comunitaria. ¿No es la penitencia, entendida como se quiera, el fruto maduro de una vida cristiana profunda, adulta e integrada? ¿No debería aplicarse aquí lo que algunos pastoralistas han denominado "la regla de oro de la pastoral": *no se debe sacramentalizar lo que no se ha evangelizado*? ¿No estaremos colgando la etiqueta de la crisis a este sacramento cuando, al menos en ciertos casos, esa etiqueta debería situarse en niveles mucho más básicos de fe y de opción cristiana?

De lo que acabamos de decir se deduce que no podemos utilizar la expresión "crisis de la penitencia" de una forma unívoca. Más aún, en algún caso el concepto crisis podría incluso ser utilizado en forma positiva, esto es, como sinónimo de renovación, de purificación, de revisión, como signo de una comunidad cristiana que se interroga y se interpela a sí misma y que busca cauces para vivir y celebrar este aspecto fundamental de su fe. ¿No podríamos considerar la crisis como un lugar privilegiado de discernimiento eclesial, sin que por ello se banalice ni su importancia ni su alcance? Además, en cualquier caso, la penitencia será siempre un sacramento difícil, complejo, delicado, porque la situación vital que expresa y celebra es compleja y difícil (el pecado, la ruptura, el conflicto). Banalizar el sacramento, "desmedularlo", reducirlo (como a veces ocurre) a una celebración rutinaria y mecánica... nos lleva a olvidar que la penitencia, en un cierto sentido, no es sólo un sacramento en crisis sino también el sacramento de la crisis que sería como su "humus antropológico", la situación humana en la que se da el encuentro personal con Cristo (como en otros sacramentos puede ser el banquete, la enfermedad, el amor entre un hombre y una mujer, etc.) y, por tanto, no debería perder ese sentido.

### **3. Algunas claves para una renovación**

Cuando se habla de renovación del sacramento o, dicho de otro modo, cuando se intenta teológica, litúrgica y pastoralmente que el sacramento de la penitencia sea un momento más expresivo de una Iglesia misericordiosa como nos pide el Papa Francisco, hay una serie de claves que no pueden ser pasadas por alto. Algunas de estas claves venían ya sugeridas por el Concilio Vaticano II y por los criterios fundamentales de la reforma litúrgica posconciliar. Me permito presentar algunas de ellas (entre otras posibles), de forma muy breve y siendo conscientes de que no se trata de "soluciones", pero sí de elementos que deberían estar muy presentes en un debate sano sobre este sacramento y en un discernimiento pastoral que cada

comunidad, cada parroquia o incluso cada comunidad religiosa, debería hacer al plantearse el sentido del mismo.

### **3.1 Dimensión eclesial o comunitaria de la penitencia**

Al menos en dos ocasiones (en *Lumen Gentium* 11 y en *Sacrosanctum Concilium* 72) hace referencia el Concilio Vaticano II a que el sacramento de la penitencia supone una “reconciliación con la Iglesia”. Es éste uno de los efectos fundamentales y esenciales del sacramento, junto al perdón de los pecados por parte de Dios. Algunos teólogos del siglo XX lanzaron la idea de que el primer efecto del sacramento es precisamente la reconciliación con la Iglesia y, en esa reconciliación, es donde se encuentra el perdón de Dios. Estos teólogos insistían en que esa era la práctica de la Iglesia primitiva y mostraban cómo el proceso penitencial de las primeras comunidades venía a ser una “teatralización” del proceso (largo, exigente y, a veces, incluso un poco rigorista) de conversión del pecador que culminaba con esa “*pax cum Ecclesia*”.

Sin entrar en precisiones teológicas, hoy está comúnmente aceptado que el sacramento tiene esa fuerte dimensión comunitaria y eclesial. Sin embargo, también es verdad que esa dimensión esencial, muchas veces no se muestra ni en la pastoral, ni en la liturgia, ni en la espiritualidad del sacramento. En la mente de muchos creyentes, el pecado y la penitencia siguen siendo algo individual, privado, algo que afecta sólo a la persona y a Dios, pero que no tiene nada que ver con la comunidad eclesial.

Tras el Concilio Vaticano II la Iglesia comenzó la ingente tarea de reformar todos los rituales de los diversos sacramentos. El de la penitencia (¡una muestra más de la complejidad de este sacramento!) fue el último, y sólo se llegó a elaborar un nuevo ritual tras un largo y difícil proceso, no exento de polémicas. Finalmente, el nuevo ritual ofrecía tres fórmulas: la confesión y absolución individual en una “celebración” también individual (es decir, el penitente con el sacerdote a solas); la confesión y absolución individual, pero en el marco de una celebración comunitaria; y la absolución comunitaria sin confesión individual (fórmula reservada a situaciones extraordinarias y con una serie de condiciones). En la mente del ritual, la fórmula B debería acabar siendo (sin suprimir la fórmula A) la forma habitual de celebrar el sacramento. Es una fórmula que permite mostrar esa dimensión comunitaria que tiene la conversión y el perdón, además de permitir una propia y verdadera liturgia (moniciones, cantos, signos, visibilidad...). La verdad es que en muchos sitios estas celebraciones se han llevado a cabo con gran fruto espiritual, pero, en otros casos, creyentes y comunidades no han llegado a saborear ni a desarrollar la hermosura y la riqueza de este rito penitencial, y han acabado limitando la “oferta penitencial” a la celebración individual “de toda la vida”.

Todo ello oscurece la dimensión comunitaria de la penitencia que, repitámoslo, no es ni una moda pastoral ni una tendencia teológica, sino algo esencial al sacramento. El pecador arrepentido no está solo. La comunidad santa, la Iglesia, le llama a la

conversión, le anima, le apoya y le recibe en su seno en la plena comunión que había sido rota por el pecado y ahora restablecida. Quizás el texto mismo del Concilio pueda servir como síntesis de esta hermosa dimensión del sacramento que debemos redescubrir para que, en la acogida de una Iglesia misericordiosa, podamos sentir eficazmente el amor, el perdón y la misericordia de Dios mismo:

*Quienes se acercan al sacramento de la penitencia obtienen de la misericordia de Dios el perdón de la ofensa hecha a Él y al mismo tiempo se reconcilian con la Iglesia, a la que hirieron pecando, y que colabora a su conversión con la caridad, con el ejemplo y las oraciones... (LG 11).*

### **3.2 Centralidad de la Palabra**

Si destacar la dimensión comunitaria de un sacramento puede parecer una obviedad (¡los sacramentos son esencialmente comunitarios!), redescubrir la importancia e incluso la **centralidad de la Palabra**, también debería serlo, pero, siendo sinceros, debemos reconocer que este sacramento se sigue celebrando, en no pocas ocasiones, con ausencia total de la Palabra de Dios. De hecho, uno de los valores del nuevo ritual, generalmente admitido por los liturgistas y teólogos que lo han comentado, es el de la importancia que concede a la Palabra de Dios por la que “*el cristiano es iluminado en el conocimiento de sus pecados y es llamado a la conversión y a la confianza en la misericordia de Dios*” (nº 17). Es la Palabra que nos interpela, que nos anima a volver al Señor, que nos llama a la conversión. Iluminamos nuestra vida no desde una ética neutra, ni desde un código frío y lejano, sino desde la Palabra viva que nos hace tomar conciencia de nuestra propia realidad. La Palabra de Dios es radical en ese sentido y desenmascara el pecado en nuestras vidas, pero lo hace ya mostrando el horizonte de la misericordia de Dios.

En este sentido, la fórmula B es evidentemente más rica (escuchamos la Palabra en comunidad, se deja espacio para una reflexión-homilía, así como para posibles ecos de la Palabra, proclamamos o cantamos un salmo, etc.), tal y como señala el mismo ritual (nº 22). Aunque el nuevo ritual insiste en que siempre tendría que haber una pequeña proclamación de la Palabra, incluso en la fórmula individual, casi siempre se celebra sin ella. El ritual, siguiendo un criterio de prudencia pastoral, añadió a la obligatoriedad de una lectura la expresión *si parece oportuno*, y lo que debería ser la excepción se convirtió en regla. Por ende, en algunos casos las dificultades prácticas para incluir la Palabra en la celebración individual, sin caer en un ritualismo que lo convierta en mero trámite, son considerables. No pocos autores afirman que es éste uno de los más claros fracasos de la reforma del sacramento y de la aplicación del ritual.

Algunos liturgistas y pastoralistas sugieren como “solución” (parcial y provisional si se quiere) el incluir la Palabra en la “satisfacción”. Ésta sería una manera de poner en contacto al penitente de forma progresiva con la Escritura, supliendo así (vuelvo a repetir, parcial y provisionalmente) las deficiencias catequéticas que pudieran existir. Se le invita, por tanto, al penitente a dar gracias a Dios con un salmo, con

una parábola, o a repetir oracionalmente una frase del Señor, o a meditar durante un tiempo sobre un pasaje.

Más aún, el nuevo ritual al que venimos refiriéndonos, incluye también unas celebraciones de carácter y sabor penitencial, pero que no son propiamente el sacramento de la Penitencia (*Esquemas de celebraciones penitenciales*). Se trata de celebraciones de la Palabra donde se discierne, se ilumina la vida, y se toma conciencia de la propia realidad, y que se pueden alternar con la celebración del sacramento de la Penitencia. Pueden servir también como preparación para el sacramento, para situaciones determinadas (Cuaresma, Adviento, niños, jóvenes, enfermos) e incluso para grupos no muy evangelizados que se preparan para entrar en una comunidad. Estas celebraciones pueden ser un instrumento pastoral muy valioso y pueden, en cierto modo, suplir esa carencia.

En cualquier caso, si el amor de Dios se ha manifestado en Jesucristo, que es la Palabra eterna del Padre, realmente es la Palabra la que descubre nuestro pecado como falta de respuesta, falta de gratitud, con lo cual “exorciza” el pecado, nos dice que no es lo más importante, sino que lo más importante es el amor de Dios. La Palabra nos descubre que el pecado no tiene la primera ni la última palabra, sino que es el amor de Dios el que nos ayuda a descubrir el pecado, ya vencido por su misericordia. La proclamación de la Palabra, por tanto, no es una moda, sino un principio teológico de la vida cristiana de primera magnitud. Si hablamos de una Iglesia misericordiosa que anuncia y celebra la misericordia, este elemento no puede ser pasado por alto.

### **3.3 Una valoración más centrada**

Es especialmente importante (tanto teológica como pastoralmente) saber **centrar este sacramento**, sin darle ni más ni menos importancia de la que tiene, es decir, ni sobrevalorarlo ni minusvalorarlo. Para ello, hay que centrar también la importancia del pecado, es decir, no podemos movernos ni en una “moral de pecado” escrupulosa, puntillosa, que ve en todo pecado (y que no es evangélica), ni en una “moral sin pecado”, posmoderna y relativista, que en el fondo tampoco es evangélica y que (humana y espiritualmente) nos deja muy insatisfechos. Hay que ser conscientes de la importancia del pecado, que, además, y entre otras consecuencias, produce víctimas.

Por tanto, tendríamos que centrar el sacramento entre esos dos extremos: ni una moral de pecado, ni una moral sin pecado, sino una moral de hombre nuevo, de hombre evangélico, de ser humano libre y responsable que se toma en serio lo que significa el seguimiento de Jesucristo, el discipulado y las exigencias del evangelio.

Habría que centrarlo también entre el bautismo y la eucaristía. El sacramento de la penitencia arranca del bautismo, es una constante revisión de nuestro bautismo y de nuestra condición cristiana (sin que ello signifique que sea un “nuevo bautismo” como a veces se escribe), y mira hacia la eucaristía, es decir, desemboca en el

banquete de la reconciliación, de la comunión restablecida (sin que ello signifique que el sacramento de la penitencia sea un mero trámite o un requisito para comulgar).

Habría que centrarlo igualmente entre la conversión inicial y la conversión cotidiana; este sacramento no nace para una conversión inicial (para la cual hay ya un sacramento, un proceso de iniciación) ni tampoco para la conversión cotidiana (porque no nace en la Iglesia para las mil cosas de cada día, pequeñas debilidades, flaquezas, etc.), sino que va dirigido a la conversión radical, a aquellos pecados que, de alguna manera, rompen mi opción fundamental como cristiano, o deterioran mi consagración como bautizado, es decir, a esos pecados que, de algún modo, atentan contra mi condición de cristiano.

Otra cosa es si nuestra conciencia está suficientemente sensibilizada, si tenemos una conciencia madura, bien formada... porque se puede ser sensible sólo para pecados materialmente graves –robar o matar– pero, cuando una persona tiene una conciencia formada (delicada, sensible), se da cuenta de que hay situaciones que materialmente pueden ser muy pequeñas, pero que realmente dañan y no concuerdan con su condición de cristiano.

Muy relacionada con esta cuestión está el tema de la confesión frecuente. Si hemos dicho que la penitencia no nace para la conversión inicial, ni para la conversión cotidiana, esto último puede dar a entender que este sacramento se debe reservar para situaciones muy especiales (como de hecho era en las primeras comunidades) y, por tanto, rechazaríamos o pondríamos en cuestión la confesión frecuente que ha sido recomendada encarecidamente por todos los últimos papas. Esto no es así. Yo creo que la confesión frecuente es importante, pero no en el sentido de “cuanto más, mejor”, en una especie de neurosis sacramental (cada mes, cada semana, cada día). “Frecuente” significa que en nuestra praxis penitencial creamos una frecuencia, un ritmo, es decir, no dejamos que nuestra vida cristiana vaya languideciendo, sino que tenemos de verdad una sana actitud penitencial, que hacemos una continua revisión de vida.

Concretar esa frecuencia es algo más complejo. El Derecho Canónico habla de confesar al menos una vez al año; la liturgia nos invita a celebrar este sacramento en Cuaresma y en Adviento, tiempos en que se nos llama a la conversión. Además habría que tener en cuenta también los ritmos personales, la vivencia de situaciones delicadas, los procesos de maduración en la fe, etc. Precisamente para todo ello se mantuvo la confesión individual o Fórmula A del ritual.

### ***3.4 Dimensión profético-misional***

Asimismo, habría que redescubrir la **dimensión profético-misional** de la penitencia y pasar así de un esquema “sagrado-profano” (que no se anula sino que se reinterpreta) a un esquema “vida-sacramento-vida”. Todos los sacramentos concluyen (al menos teóricamente) con un envío. La eucaristía termina con las

palabras: “*podéis ir en paz*”, es decir, “podéis ir a sembrar la paz que habéis recibido”. De la penitencia, como de todos los sacramentos, tenemos que salir enviados y misionados. El perdonado se convierte en perdonador, el reconciliado en reconciliador, el acogido en acogedor... así somos enviados a ser constructores (o, quizás mejor, artesanos) de perdón y reconciliación. Tenemos que descubrir que el sacramento no es una “burbuja sagrada”, aislada totalmente de la realidad, sino que la vida va al sacramento y que del sacramento somos enviados de nuevo a la vida. Quizás sea la penitencia el sacramento que, de forma más radical, muestra ese círculo entre sacramento y vida. De hecho, en un lenguaje escolástico clásico, los actos del penitente forman parte de la “materia” misma del sacramento.

Para mostrarlo mejor, habría que recuperar el sentido de un elemento que hemos ido suprimiendo (o reduciéndolo a su mínima expresión) en la práctica del sacramento: la “satisfacción”, la “penitencia” que se “impone”. Sin entrar en la validez de esta terminología (muy cuestionada ya, entre otros por Lutero), se hace necesario repensar este elemento. Muchas veces, a los sacerdotes esto les suena a castigo, a un precio que hay que pagar por el perdón y, con buena intención pastoral, lo suprimen para que se manifieste mejor la gratuidad y la misericordia de Dios. Otras veces, la penitencia que se impone queda reducida a algo mecánico e irrelevante. El nuevo ritual invita a ser más creativos en este sentido. Incluso el Papa Juan Pablo II decía en el documento postsinodal *Reconciliatio et Paenitentia* que “*las obras de satisfacción -que aun conservando un carácter de sencillez y humildad, deberían ser más expresivas de lo que significan- quieren decir cosas importantes: son el signo del compromiso personal que el cristiano ha asumido ante Dios, en el sacramento, de comenzar una existencia nueva (y por ello no deberían reducirse solamente a algunas fórmulas a recitar, sino que deben consistir en acciones de culto, caridad, misericordia y reparación)...*”.

La satisfacción debería “lanzarnos” a ese ámbito de la realidad donde se da nuestro pecado, o a la reparación –en la medida de lo posible– de los efectos del pecado que siempre rompe, daña, crea víctimas. Es verdad que, en ocasiones, ya no se puede reparar el mal que se ha hecho pero, dentro de lo que se pueda hacer, la “penitencia” nos envía a curar heridas, a torcer la historia en el sentido contrario a lo que ha producido nuestro pecado, a aliviar sufrimientos y a poner nuestro grano de arena en la obra del Reino. El ritual propone incluso que esta satisfacción penitencial se imponga en diálogo, que sea el mismo penitente quien diga dónde se tiene que esforzar para cambiar, según esté fallando en lo familiar, en lo social, en lo laboral, etc. Ello supondría tomarse en serio el pecado, sus víctimas, sus consecuencias... y demostraría que detrás hay un sujeto moral, maduro, adulto, libre, que se toma en serio su vida y su realidad.

### **3.5 Carácter festivo**

Otro reto pastoral y litúrgico sería el redescubrir el carácter festivo del sacramento, que no viene dado por la liturgia (sino que se expresa en ella), y que no minusvalora

ni banaliza la situación antropológica que se “celebra” en este sacramento. En este sentido debemos hacer alguna precisión de principio. Hablamos de dimensión festiva, pero sin ignorar la situación antropológica que hay debajo, teniendo muy en cuenta la realidad humana que, en el caso de este sacramento, es la ruptura, la culpa, una dimensión humanamente difícil. No banalizamos, por tanto, ni el pecado, ni el perdón.

En este sentido, el creyente no puede olvidar que el pecado es una ofensa a Dios. Hoy se tiende a ver el pecado de forma más horizontal, pensando que Dios no se ofende por nuestros pecadillos y defectos. Ciertamente, una visión puntillosa y ridícula del pecado convierte a Dios en un Ser irascible que vigila desde el cielo nuestras debilidades. Una visión más madura (y más realista) nos muestra que a Dios no se le ofende directamente, pero sí se le ofende en las ofensas al ser humano, especialmente a los más débiles, a los más pobres, a los más desamparados. Se podría comparar con el dolor que siente una madre cuando le hacen algo a un hijo suyo, aunque aparentemente no sea muy grave. La ofensa al hijo llega a lo más hondo del corazón de la madre... Algo así debe ocurrir en el corazón de Dios cuando los seres humanos más débiles y más frágiles sufren las injusticias y las consecuencias del pecado, de la frivolidad humana, del egoísmo, de la violencia. El Dios que no se ofende, el Dios impasible y lejano, puede ser el Dios de Aristóteles, pero no es el nuestro; el Dios de la Biblia es el que *escucha el clamor de su pueblo*... Cuando negamos el pecado, negamos la realidad, y entonces la fiesta del perdón y de la reconciliación será algo superficial. Minusvalorar la importancia del pecado no ayuda a valorar más el perdón, sino todo lo contrario.

Por último, tampoco debemos pensar que la dimensión festiva venga dada por la mayor o menor parafernalia litúrgica. Incluso en la celebración más sencilla, está esa dimensión festiva, que es inherente al sacramento. Ahora bien, esto tampoco quiere decir que la liturgia no pueda y deba expresar y plasmar lo mejor posible esa dimensión. Y ahí tenemos que reconocer (con el Papa Francisco) que el sacramento, a veces, es bien poco festivo.

La penitencia tiene una profunda dimensión festiva, por tanto, porque hay reconciliación, porque hay perdón, porque Dios es más fuerte que nuestro pecado, y porque la misericordia de Dios está por encima de todo lo demás. La dimensión festiva del sacramento de la reconciliación viene dada por el hecho de que Cristo ha muerto por nuestros pecados y ha vencido a la muerte. Ese misterio de salvación es el misterio de la misericordia de Dios. La Iglesia es servidora y anunciadora de esa misericordia que forma parte, por tanto, de su misma esencia. El Papa Francisco nos lo recuerda con frecuencia.

#### **4. Para concluir**

Quisiera terminar con dos textos que, siendo de procedencia y estilos muy diversos, sintetizan lo dicho hasta ahora. El primero, una verdadera joya, es de Dietrich Bonhoeffer, probablemente el mayor teólogo protestante del siglo XX, quien, en una

visita a Roma, escribe a un amigo y le cuenta lo que ve en un día penitencial en la basílica de *Santa Maria Maggiore*. Él, que no conocía nada de esto, captó perfectamente las dimensiones más profundas del sacramento. Desde una mentalidad austera, luterana, prusiana, se sorprende de lo que ve y lo cuenta del siguiente modo:

*Por la tarde en Santa Maria Maggiore, gran día penitencial, todos los confesionarios ocupados y asediados por fieles. Es un gozo ver aquí tantos rostros serios que desmienten todo lo que se dice del catolicismo. También hay niños que confiesan con verdadero fervor, es conmovedor el verlo. La confesión no es para muchas de estas gentes ningún deber, sino que se ha convertido en una necesidad. La confesión no tiene por qué llevar a la escrupulosidad, por mucho que esto suceda con frecuencia y precisamente entre quienes la practican con mayor seriedad. No solamente tiene un aspecto pedagógico, sino que para personas elementales es la única posibilidad de hablar con Dios, y para los que tienen algo más de perspectiva religiosa es la objetivación de la idea de Iglesia, que se realiza en la confesión y en la absolución...*<sup>32</sup>

Y para poner el broche final, un texto de Teresa de Lisieux, a quien tengo mucho cariño. Tras el lenguaje un tanto melifluido y edulcorado, propio de la piedad de finales del siglo XIX, se esconde una experiencia religiosa impresionante que se completa, al final de su vida, con una dramática crisis de fe (hay quien propone, incluso, que se la nombre patrona de los ateos).

Cuando iba a hacer su primera confesión, sus hermanas le dijeron que se imaginara que se iba a confesar con Dios mismo, a lo que ella respondió diciendo que cuando viera al sacerdote le diría que le “*amaba con todo su corazón*”, porque, si viera a Dios, eso es lo que haría. Pues bien, en un ambiente semijansenista, riguroso, rígido, donde se hablaba de un Dios justiciero, ella descubría al Dios misericordioso. Después de confesarse en la Catedral de Saint Pierre en Lisieux, siente lo siguiente:

*Al salir del confesionario me sentía tan contenta y ligera, que nunca había experimentado tanta alegría en mi alma. A partir de entonces volví a confesarme en todas las grandes fiestas y era para mí una fiesta cada vez que lo hacía...*<sup>33</sup>

El Papa Francisco nos pide que el confesionario no sea *una sala de torturas*. Bonhoeffer y Teresa de Lisieux (y tantos otros), desde sensibilidades y perspectivas muy diversas, descubrieron en este sacramento la fiesta del perdón. Que también nosotros sepamos, de alguna manera, redescubrir esa fiesta que no es sino un signo eficaz de la ternura y la misericordia de Dios.

---

<sup>32</sup> Puede verse en la selección de textos de Bonhoeffer, preparada por **J.J. Alemany**, bajo el título *Redimidos para lo humano: cartas y diarios (1924-1942)*, Salamanca, Sígueme, 1979, p. 26.

<sup>33</sup> MS A, 17-r, en la traducción de E. García Setien (Ed.), *Obras completas*, Burgos, Ed. Monte Carmelo, 8ª ed., 1994, pp. 67-68.

## *Hacia una reorganización de centros propios [primera parte]*

**José Carlos Bermejo<sup>34</sup>**

Me centraré en este capítulo a un tema preocupante en los institutos religiosos y derivado del envejecimiento. Es el tema de los conocidos como “centros propios”: nuestros hospitales, nuestras residencias, nuestros colegios... Por mi conocimiento limitado, me centraré en los centros propios en el ámbito de la salud y los servicios sociales, así como en la pastoral de la salud, si bien entiendo que la mayor parte de las reflexiones serían extrapoladas a los centros educativos propios de instituciones religiosas.

Soy consciente de que estamos ante un tema con muchas ramificaciones, del que se viene hablando con diferentes términos desde hace décadas y con distintos énfasis. Hay que reestructurar y reestructurarse porque somos una realidad global, porque disminuye el número de los religiosos en occidente, porque se avanza en edad y no hay “repuestos” para la tarea del liderazgo...

Refundar, revitalizar, reorganizar, reestructurar, resignificación carismática... “Padecemos, en la vida religiosa, el vértigo de creer que pronunciando palabras solucionamos problemas. Si los contextos sociales y las personas son nuevos, no pueden servir las respuestas que ayer nos ofrecíamos”<sup>35</sup>.

Al prestar atención al título de este capítulo, hay que tener en cuenta que la realidad a la que nos referimos es muy variada. Va desde la típica clínica perteneciente a un instituto religioso y con frecuencia vinculada a compañías de seguros, a las numerosas residencias de mayores, a los diferentes programas y servicios sociales (transeúntes, enfermos de sida, prostitutas, comedores sociales...), a los servicios religiosos de centros públicos y privados prestados por el clero en general, pero también con la participación de religiosos presbíteros y, en menos ocasiones, por religiosas.

---

<sup>34</sup> Publicamos la primera parte del capítulo cuarto de su libro *Envejecimiento en la vida religiosa*, Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao 2013.

<sup>35</sup> GONZALO, L.A., “La reestructuración es cuestión de comunidad”, en: *Suplemento Vida Nueva Con Él*, 3 (2012) 1.

En estas líneas seguiré un enfoque clínico, como lo hice en el primer capítulo, sabiendo que corro el riesgo de que la mirada clínica subraye los aspectos negativos. Espero que el punto de vista elegido, si bien muy limitado, en vez de resultar negativo, sea estimulante y un revulsivo para afrontar los retos que encontramos en el mundo de la vida consagrada socio-sanitaria.

Querría iniciar con un diagnóstico sobre la realidad, para ver si la situación de la vida religiosa socio-sanitaria y la pastoral de la salud en nuestras obras están sanas o enfermas. Debo observar sus signos y síntomas. O sea, debo detenerme sobre los indicadores evidentes y objetivos de una enfermedad o desorden (signos), lo mismo que sobre los síntomas, fenómenos de carácter subjetivo que acompañan la enfermedad.

Pero me he encontrado con que José María Arnáiz escribía recientemente: “Hace 15 años escribía unas páginas en el libro *Por un presente que tenga futuro* sobre la “vida consagrada hospitalizada” y cómo se tenía que hospitalizar para librarla de la muerte. Ahora hablamos de muerte. Eso le ocurre al que está enfermo y los médicos no aciertan en el diagnóstico y en la medicación y cuidados”.<sup>36</sup> Pues bien, también yo me referiré a posibles patologías de la situación actual de la vida religiosa socio-sanitaria y buscaré algún tratamiento aventurándome tímidamente a hacer también un pronóstico.

Digamos de entrada que la situación en cuanto a la envergadura de la presencia de instituciones religiosas en el mundo de la salud es muy variada. Los hermanos de San Juan de Dios, por ejemplo, tienen en España 53 centros, con 7.310 camas, 3.378 plazas asistenciales, 11.353 trabajadores, 1.836 voluntarios, 275 hermanos. Hay que contar con que su nacimiento es español. Los religiosos Camilos, en cambio, tenemos en la actualidad tan solo un centro (el de Tres Cantos), un hospital-residencia alquilado a la gestión de un consorcio público, y seis capellanías, con un total de 40 religiosos.

Antes de describir los males, que mostrarán los colores y aspectos menos saludables de la realidad diagnosticada, diré con convencimiento que todavía se puede afirmar de la mayor parte de los centros y servicios asistenciales de instituciones católicas que de ellos se sigue diciendo y experimentando que tienen ese “algo” que por razones no siempre tangibles, hace plantearse la pregunta ¿quién está detrás para que esto sea así?, lo cual muestra que un valor añadido a dichos centros y servicios lo da la propia identidad de la titularidad y los modos como se prestan los servicios, asociados al mismo motivo.

En el Congreso Internacional de Vida Consagrada de 2004, Dolores Aleixandre puso el dedo en la llaga desde el primer día: en la historia de la salvación, lo que abre la puerta a la acción de Dios es el reconocimiento de la carencia, de la fragilidad. Como

---

<sup>36</sup> ARNAIZ, J.M., “Acompañar institutos en riesgo de extinción. La opción de morir con dignidad. El arte carismático de morir”, en: *Vida Religiosa* 5 (2010) 72.

han señalado varios testigos, dicho Congreso experimentó un giro cuando dejó de leer la parábola del Buen Samaritano preguntándose qué podía hacer por el herido y pasó a preguntarse si el herido no sería la vida consagrada misma. “¿No estaremos - decía Dolores- necesitando que el gran Samaritano que es Jesús se nos acerque, cure nuestras heridas y derrame sobre ellas el aceite de su consuelo y el vino de su fuerza? ¿No está ante nosotros el *kairós* de descubrir en nuestra fragilidad “un camino nuevo” en el que la fuerza se manifiesta en la debilidad y la vida en la muerte?”<sup>37</sup>

## I. Diagnóstico

Leyendo parte de la literatura especializada sobre vida consagrada y el momento actual, percibo que efectivamente los expertos del tema llevan décadas dedicándose a buscar la palabra más adecuada para iluminar la vida de los institutos religiosos envejecidos, particularmente en Europa.

Superadas las tentaciones moralizantes: somos pocos porque no somos buenos y no tenemos atractivo, porque no rezamos lo suficiente, porque no damos ejemplo... que tienen resabio de una concepción de la vida religiosa previa al Concilio, concebida como un estado de mayor perfección, puede que estemos cayendo en un mecanismo de defensa vivido individual y colectivamente de la posible muerte institucional. “A estas alturas de lectura teológica de lo que somos y expresamos, nadie interpreta que nuestra sequía vocacional es consecuencia de la infidelidad...”<sup>38</sup>

Fabio Ciardi, ensayista italiano, dice: “Con escasos resultados se ha intentado realizar todo tipo de terapia, desde el estudio de los orígenes hasta el carisma; de la inculturación, a la apertura a los seculares. Y todo va sucediendo como sobre arenas movedizas, pues cuanto más nos movemos dentro de estos problemas, más nos invade la sensación de hundirnos en ellos. Parecería que tampoco los proyectos de “refundación” nos estarían llevando muy lejos. Con eufemismos se disfraza una realidad molesta: hablamos de “dar nueva dimensión a las obras”, para no decir que nos vemos obligados a cerrar conventos, casas o instituciones; decimos “cualificar las vocaciones y abrirnos a la internacionalidad”, para compensar el terrible bajón numérico de nuevos miembros; y tratamos de “reestructurar las unidades territoriales”, para no confesar que las provincias ya no funcionan y están desapareciendo”<sup>39</sup>

---

<sup>37</sup> BELDERRAIN, P., “Serenidad, Sagacidad, sinceridad”, en: *Vida Religiosa 2* (2009) 29-30. Conferencia Española de Religiosos. “La intercongregacionalidad. Un fruto a madurar en la estación de la globalización”, Presentado en la Asamblea General de 2009 (Serie “Cuadernos de reflexión”, n. 1).

<sup>38</sup> GONZALO, L.A., “La reestructuración es cuestión de comunidad”, en: *Suplemento Vida Nueva Con Él*, 3 (2012) 15.

<sup>39</sup> CIARDI, F., “Inutilidad, distracción y vulnerabilidad. Puntos fuertes de la vida consagrada en Europa”, en PRADO F. (Ed.), *A donde el Señor nos lleve. Vida consagrada en el mundo: tendencias y perspectivas*, Madrid: Publicaciones claretianas (2004) 65.

### **a. ¿Presencia de agentes patógenos en el entorno?**

“Hoy la vida religiosa se ve ante el desafío de aprender a vivir en una cultura secular, en una cultura plural, en una cultura marginal. .. y quizá en una cultura de la minoridad y la insignificancia”<sup>40</sup>. Cuando se habla de secularización en la vida religiosa en términos negativos se está indicando justamente esta dolencia: personas que están en ámbitos de consagración simplemente porque se han quedado, no porque el medio ilumine sus decisiones más íntimas y profundas<sup>41</sup>.

En la era del ateísmo científico y de las ciencias ateas, quizás una de las lecciones más importantes que debemos aprender es la importancia de que los científicos que están comprometidos religiosamente puedan y quieran defender y, sobre todo, explicar su fe a sus propios colegas<sup>42</sup>. Si bien es cierto que probablemente el Dios cristiano no es el Dios negado por los ateos. Por otro lado, no falta quien cree que hoy se nos pide narrar a Dios más que expresarlo en los ritos. Y... ¿hasta dónde nuestras obras “narran a Dios” o están en sincronía con la cara institucional de la Iglesia, que tanta credibilidad ha perdido?

Ante esta realidad, ¿entra en crisis la oportunidad de la presencia de los religiosos en los contextos donde se encuentran muchos proveedores de servicios seculares, que ofrecen y hacen lo que antes ofrecían y hacían, sobre todo, los religiosos? Seguro que no. La parábola de la vida consagrada sigue teniendo sentido, pero el mundo secular que se interesa por la salud, la interpela justo en el corazón. Existe aún un gran número de pobres, de necesidades desatendidas, de soledad; se siente algo así como si muchas instituciones “carecieran de alma”, como si estuvieran deshumanizadas. Es necesario responder a estas necesidades del mundo -también del desarrollado-, encontrar raíces humanizadoras, aprender a llevar el “tesoro” (...) del Evangelio al mundo de la salud. Ante nosotros tenemos el desafío de llevar a cabo una *función terapéutica* para con la humanidad<sup>43</sup>.

Sin duda, es la hora del trabajo con los profesionales seculares. Y en este espacio, tampoco faltan las dificultades. Quizá pudiéramos aplicar a nuestra relación con los seculares la frase citada por Frank Monks, entonces Superior General de los religiosos Camilos y referida a la colaboración entre los institutos: “Algunos religiosos preferirían fracasar por sus propios medios, antes que lograr un éxito positivo junto con otros”<sup>44</sup>. En efecto, sabemos cómo las instituciones religiosas nos resistimos especialmente al cambio, y hasta somos relativamente indiferentes hacia nuestros

---

<sup>40</sup> MARTÍNEZ, E, “Situación actual y desafíos de la vida religiosa”, en: *Frontera 44* (2004) 17. TILLARD, J.M.R., *En el mundo sin ser del mundo*, Santander: Sal Terrae (1975).

<sup>41</sup> GONZALO, L.A., “La reestructuración es cuestión de comunidad”, en: *Suplemento Vida Nueva Con Él*, 3 (2012) 10.

<sup>42</sup> Cfr. SEQUEIROS, L., “Análisis sociorreligioso”, en: *Iglesia viva*, 249, (2012) 63.

<sup>43</sup> Véase SECONDIN, B. y PAPA, D., “Dal pozzo ... alla locanda”, en: *Passione per Cristo, passione per Humanita, Congresso Intemazionale della Vita Consacrata*, Roma: Paoline (2005) 80.

<sup>44</sup> MONKS, F., “Unitá, giustizia, solidarietà e cosí via...”, en: *Camilliani-Camillians*, Roma, 4 (2006) 345.

objetivos, con tal de convivir con una sensación de solidez y estabilidad perennes: se pierde entonces el carácter ideal del carisma; y las habilidades adquiridas y cristalizadas en el tiempo, adquieren mayor importancia. Tengo la impresión de que seguimos cultivando una visión demasiado negativa sobre la creación, y con una carga de connotaciones demasiado peyorativas sobre la palabra “mundo”. *¿Será ésta una forma de mundo-fobia?*

### ***b. ¿Enfermamos al querer hacer una gestión cristiana de la salud?***

Cabe preguntarse si hemos abierto hospitales y eso nos ha enfermado y si al activar servicios para la dependencia nos ha generado dependencia de los mismos.

“Cuando la vida consagrada queda atada al funcionamiento de instituciones, cuando de lo que se trata es de que “las obras no mueran”, los que acaban muriendo son los consagrados. Ya sea en términos reales, por un sobre esfuerzo en términos de salud, o también por una especie de “no va más” que comienza a instalarse a partir de una determinada edad, cuando el desgaste es permanente y los horizontes de recomposición o satisfacción son casi nulos. Es lo que habitualmente se llama *burn-out*<sup>45</sup>.

En efecto, uno de los nudos problemáticos en la vida religiosa son sus obras o servicios, que llevan a cabo como expresión de su identidad y misión en la Iglesia y en la sociedad. En este caso, es evidente que la crisis ha afectado sobre todo a las comunidades de vida apostólica activa. El hecho de haber identificado las comunidades religiosas con sus obras ha llevado a olvidar que las obras se han ido estructurando cada vez más como organizaciones autónomas. Y esto conlleva el hecho de que esas obras comparten con todas las demás formas de organizaciones educativas, sociales o empresariales, la misma configuración y la misma estructura lógico- operativa. De todas formas, parece que aún no se ha tomado plenamente conciencia de que la dimensión organizativa no se opone a la “cultura”, a la visión y a la misión propia de la institución religiosa. La crisis de las obras ha estado a punto de poner en crisis a la vida religiosa misma, o más exactamente la comunidad religiosa, en sus ideales y valores de referencia.<sup>46</sup>

En el *mundo de la salud*, donde encontramos tantas dificultades e injusticias, tantos problemas éticos, estamos llamados a plantear, en el corazón de quienes contemplan nuestra vida, interrogantes irresistibles (EN 21), y a ofrecer signos de contra-cultura. Es posible preguntarse si no sufrimos un cierto *estrabismo ético* que nos lleva a detenernos sobre los aspectos éticos amados por los periodistas del sensacionalismo -y por ciertos grupos dentro de la Iglesia-, para llamar la atención y provocar reacciones como: “¿Han visto cómo es la Iglesia?, en sentido crítico; o a hacer que los problemas se vean solo a través de la lente de “dilemas”, usada por muchos

---

<sup>45</sup> RAMOS, J.D., “El cambio de época y la vida consagrada”, en: *Vida religiosa*, 1 (2012) 13.

<sup>46</sup> DEL CORE, P., “Vida religiosa y cambio: la reorganización de los institutos”, en: *Vida religiosa*, 4 (2010) 16.

periodistas, dejando de lado otros temas más difíciles, sin duda relacionados con el principio de justicia, antes que con el de autonomía. En tal sentido, a veces hemos caído en actitudes propias de la llamada “sociedad líquida”<sup>47</sup>, (y yo diría de las crecientes tendencias a construir una iglesia líquida), adecuándonos indiscriminadamente a los modos imperantes de pensar y actuar.

En un encuentro sobre solidaridad y justicia en el campo sanitario (Camillianum, noviembre de 2006), el P. Francisco Álvarez decía: “No se trata de restablecer antiguos protagonismos, ni de reivindicar una ‘gestión cristiana de la salud’ en todos los niveles. Hay que partir del hecho de que el mundo de la salud y de la enfermedad (no solo del lado institucional), respetando siempre la autonomía de las realidades temporales, es y debe ser, el ámbito de una gran alianza de voluntades, recursos y esfuerzos. Nadie tendría que quedar excluido, sino que todos tendrían que encontrar allí su misión, su espacio; pero todo esto no es posible si no se parte de la perspectiva justa”<sup>48</sup>.

---

<sup>47</sup> BAUMAN, Z., *Intervista sull'identità*, Roma-Bari: Laterza (2005) 59-60. El autor afirma que el carácter principal de la sociedad occidental es el de ser líquida, y declina este “paradigma” en los ámbitos más variados, con respecto a los cuales recuerda que “los fluidos se llaman así porque, si no se los vierte en un contenedor estrecho, no pueden mantener una forma por mucho tiempo y la cambian constantemente bajo la influencia de la más mínima fuerza”.

<sup>48</sup> ÁLVAREZ, F., “La vita consacrata tra denuncia e profezia: la missione nel mondo della sanità”, en: SANDRIN, L., (dirigido por), *Solidarietà e giustizia in sanità*, Turin: Camilliane (2006) 59.

# El anaquel

*Con Jesús,  
recorramos juntos la aventura del Espíritu<sup>49</sup>*

**Ángel Fernández Artime (Rector Mayor)**

La vida es el lugar donde todo se juega. Bien sabemos todos acerca de esta experiencia, con variedad de caminos y de opciones que se nos presentan. Y es precisamente en el camino de la vida donde el Espíritu actúa y, en libertad, llama a la puerta de todo corazón humano.

De una u otra manera todos tenemos también la experiencia de ser caminantes, en ocasiones en jornadas donde hemos recorrido largas distancias. Esta experiencia del camino nos ilumina en el intuir qué puede significar recorrer una Aventura en el Espíritu.

Porque, ¿qué significa recorrer la aventura del Espíritu?

- Ante todo es camino de INTERIORIDAD.
- Pero interioridad no es en nosotros tan sólo un ejercicio hacia el interior de uno mismo, por más que sea un ejercicio bueno. Para nosotros, como creyentes, es un camino de ESPIRITUALIDAD, una espiritualidad que se cultiva y se expresa, en las maneras que después diremos.

El mismo Jesús ha recorrido una auténtica “aventura” de apertura al Espíritu. Ha buscado siempre la Voluntad del Padre que en su Espíritu le ha suscitado, acompañado, provocado, guiado...

Don Bosco mismo ha vivido toda su vida abierto al Espíritu porque su deseo era responder a aquello que Dios quería de él, en sí mismo y para sus muchachos. Su mismo camino recorrido en Chieri, sus búsquedas, fueron una verdadera aventura dejándose guiar por el Espíritu. Este camino le llevó en los años a esa armonía y unidad personal, muy lejos de cualquier fragmentación.

Al igual que sucedió en el Señor Jesús, en María de Nazaret -quien vivió una aventura del Espíritu que era un fiarse de Dios sin saber cual sería el punto de

---

<sup>49</sup> Síntesis de las ideas centrales del aguinaldo 2016.

llegada-, y Don Bosco, para quien su sí al Espíritu fue una verdadera aventura real de vida con increíbles desafíos, nosotros recibimos cada día esa invitación a adentrarnos en un camino en el que podremos dejarnos acompañar, conducir y sorprender por Él. Un camino que tiene mucho de 'aventura' donde no hay certezas, pero en el que el punto de llegada resulta fascinante.

¿Cómo se expresa y manifiesta ese camino de Interioridad y Espiritualidad que permite vivir acompañado por el Espíritu?

- Se expresa en una profunda experiencia de Fe.
- En un cultivo de la dimensión comunitaria de esa misma Fe.
- Creciendo en la Misericordia y dimensión Fraternal de la vida.

Por último, quisiéramos pedirlos, queridos jóvenes, que nos permitáis hacer este camino juntos. Recorramos este camino juntos. Aprendamos juntos, hagamos experiencia juntos, porque eso nos hará mucho bien a todos. Y en este 'todos', pensamos en la Familia Salesiana, -en sus diversas expresiones-, como destinatarios prioritarios del Aguinaldo, pero pensamos también en vosotros, tantos miles y miles de jóvenes que en todo tipo de países, culturas y presencias salesianas son, animadores de otros jóvenes, a los que acompañarán en esta Aventura, en este camino a recorrer acompañados por Él, el Espíritu de Dios que como dijimos, sorprende, suscita, provoca, descoloca, entusiasma, fascina y acompaña...



# 🎯 El anaquel

*De nuevo aliados, tras ser perdonados  
Dios se revela cuando perdona (Ex 34,6-7)<sup>50</sup>*

**Juan José Bartolomé**

*“La misericordia es el núcleo central del mensaje evangélico,  
es el nombre mismo de Dios, el rostro con el que se reveló en la Antigua Alianza”<sup>51</sup>*

Saliendo de Egipto, «*casa de la esclavitud*» (Jos 24,17), Israel conoció a su Dios (3.14-15) cuando se emancipó de sus opresores (13,17). Pero no logró liberarse de sus necesidades (15,24-25; 16,1-16; 17,1-7), ni de sus miedos (14,10-14; 17,8-16). Dios lo hizo vagar por un desierto cuarenta años hasta que la liberación de unos trabajos forzados se convirtiera en libertad interior, alcanzara sus corazones y se dispusieran a un servicio libre a su Salvador. Le fue más fácil a Dios sacar a Israel de Egipto, que meterse en su corazón. Se tuvo que esforzar más en llegar a ser su aliado que en hacerlo libre.

Ex 19,1-40,38 es el relato, largo y dramático, del doble intento de Dios para convertir en aliado a Israel, su elegido. Sellado el primer pacto «*a los tres meses de salir de Egipto*» (19,1), con una solemne promesa (19,8: «*Haremos todo cuanto ha dicho el Señor*»), Israel no tardó en romper la alianza, precisamente mientras Moisés estaba con Dios recogiendo sus palabras (20,1-31,18). Apenas terminó de hablarle, Dios «*le dio las dos tablas del Testimonio, tablas de piedra escritas por el dedo de Dios.*» (31,18; cfr. 32,15-16). En esas estaban cuando Dios se percató del pecado de Israel e hizo que Moisés bajara del monte, porque, le advirtió, «*se ha pervertido tu pueblo (¡!), el que tú sacaste de Egipto (¡!). Pronto se han desviado del camino que yo les había señalado*» (32,7-8). Dios no pudo considerar pueblo suyo, ni se quiso su liberador, a quien no estaba dispuesto a verlo y aceptarlo como su Señor y Aliado.

## **1. El texto**

Ex 34,6-7, esa solemne y rara autoproclamación de Dios, pertenece a la larga crónica de la apostasía de Israel y la renovación de la alianza (32,1-34,35). Ex 32 narra la

<sup>50</sup> Texto inédito para Forum.com.

<sup>51</sup> BENEDICTO XVI, Angelus, 30.03.2008. Cfr. [http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/angelus/2008/documents/hf\\_ben-xvi\\_reg\\_20080330.html](http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/angelus/2008/documents/hf_ben-xvi_reg_20080330.html).

ruptura de la alianza, antes incluso de ser cerrada. Ex 33 expone la consecuencia: la presencia de Dios en medio de su pueblo ya no está asegurada. Ex 34 es la crónica de la restauración del pacto; en el nuevo tratado Dios concede mayor protagonismo a Moisés como intermediario. Tanto Dios como su aliado, se conocen mejor: Dios estrecha la alianza con un pueblo que sabe le ha traicionado.

<sup>32,1</sup>Viendo el pueblo que Moisés tardaba en bajar de la montaña, se reunió en torno a Aarón y le dijo:

*«Anda, haznos un dios que vaya delante de nosotros, pues a ese Moisés que nos sacó de Egipto no sabemos qué le ha pasado».*

<sup>2</sup>Aarón les contestó:

*«Quitadles los pendientes de oro a vuestras mujeres, hijos e hijas, y traédme los».*

<sup>3</sup>Todo el pueblo se quitó los pendientes de oro y se los trajeron a Aarón. <sup>4</sup>Él los recibió, trabajó el oro a cincel y fabricó un becerro de fundición. Entonces ellos exclamaron:

*«Este es tu dios, Israel, el que te sacó de Egipto».*

<sup>5</sup>Cuando Aarón lo vio, edificó un altar en su presencia y proclamó:

*«Mañana es fiesta del Señor».*

<sup>6</sup> Al día siguiente se levantaron, ofrecieron holocaustos y presentaron sacrificios de comunión. El pueblo se sentó a comer y beber, y después se levantaron a danzar.

Arranca el relato en el momento mismo en el que Dios cierra su pacto, escrito de su puño y letra, y lo consigna a Moisés en la cima de la montaña. Mientras, en las faldas del monte, Israel, que ya había prometido fidelidad *«todos a una»* (19,8), está buscándose un dios que le sirva de guía (32,1). El contraste no puede ser más brutal: Moisés acaba de comunicar a Dios la unánime voluntad de Israel de hacer lo que Él les ordene (19,8) y Dios le advierte de que se han hecho *«un becerro de metal, se postran ante él, le ofrecen sacrificios y proclaman: “Este es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto”»* (32,4). Mientras Dios está ocupado en escribir los términos del pacto para entregárselos a Moisés, el pueblo ofrece culto al nuevo dios y se harta de celebrar su nuevo aliado (32,8).

<sup>7</sup> El Señor dijo a Moisés:

*«Anda, baja de la montaña, que se ha pervertido tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto. <sup>8</sup> Pronto se han desviado del camino que yo les había señalado. Se han hecho un becerro de metal, se postran ante él, le ofrecen*

*sacrificios y proclaman: “Este es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto”*». <sup>9</sup>Y el Señor añadió a Moisés: «*Veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. <sup>10</sup>Por eso, déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos. Y de ti haré un gran pueblo*».

La ausencia de Moisés, que «*tardaba en bajar de la montaña*» (32,1) tienta a Israel. Privado del líder que lo ha guiado y acompañado, se siente también sin dios. No fue capaz de ser leal a su promesa de fidelidad a Dios, porque no aguantó la lejanía de su representante: aunque sabían dónde había ido y ante Quién estaba, no sabían «*qué le ha pasado*». No pudo serle fiel a Dios porque, viéndose solo, se creyó abandonado (17,7).

Y pide un nuevo dios, de oro macizo (32,2-3). ¡Qué mejor dios que un becerro, fabricado con lo mejor que se tiene y para lo que más se necesita, “*que vaya delante de nosotros*» (32,1)! Un dios, hechura de manos humanas y del deseo de querer ser guiado, fue el pecado original del pueblo (1 Re 12,26-30): por un dorado animal Israel abandonó a Quien lo había sacado de Egipto (32,4,7). Dios les parecía demasiado libre, liviano y poco empeñado en acompañarlos. El desengaño de Dios, herido profundamente, se percibe cuando descubre a Moisés la apostasía de Israel y lo hace repitiendo la fe que el pueblo había profesado ante el becerro de oro: «“*Este es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto*”». (32,8.4)

<sup>11</sup>Entonces Moisés suplicó al Señor, su Dios:

*«¿Por qué, Señor, se va a encender tu ira contra tu pueblo, que tú sacaste de Egipto, con gran poder y mano robusta? <sup>12</sup>¿Por qué han de decir los egipcios: “Con mala intención los sacó, para hacerlos morir en las montañas y exterminarlos de la superficie de la tierra”? Aleja el incendio de tu ira, arrepíentete de la amenaza contra tu pueblo. <sup>13</sup>Acuérdate de tus siervos, Abrahán, Isaac e Israel, a quienes juraste por ti mismo: “Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que he hablado se la daré a vuestra descendencia para que la posea por siempre”».*

<sup>14</sup>Entonces se arrepintió el Señor de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo.

Despechado, Dios se deja llevar por la ira; no aguanta tanta obcecación (32,7; 33,3.5; 34,9). Y es que Dios no ama para que no lo amen; no elige para verse desechado; no ha salvado para que lo sustituyan por otro. Y pide permiso (¡!) a Moisés para destruir al pueblo recién liberado y sustituirlo por otro nuevo del que Moisés sería padre (32,9-10: «*este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Por eso, déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos. Y de ti haré un gran pueblo*»). La propuesta es tentadora para Moisés: de ser representante de Dios ante un pueblo testarudo pasaría a ser padre del nuevo pueblo. Moisés no cae en la trampa que su Dios le tiende; no excusa el pecado de su pueblo (32,31-9), pero tampoco se ablanda con Dios;

se atreve a suplicarle que se arrepienta. Y hace una de las oraciones más admirables: no excusa a Israel, ni niega su temprana apostasía; recuerda a Dios quién es, y que se atenga a las consecuencias. No que deje de ser Dios, sino que se vuelva misericordioso y ponga su cara más benevolente (32,11)

Las razones en que se apoya Moisés son tan sorprendentes como la misma petición. ¿Por qué eligió liberar a Israel?: no es lógico malquistarse con quien ha salvado con tanto esfuerzo para después destruirlo (32,11). Su reputación está en juego: no puede permitirse que los egipcios se burlen de su salvación y le atribuyan malicia (32,12). Se ha obligado a sí mismo con la promesa: tiene que ser fiel él mismo al juramento que hizo a sus siervos, los patriarcas (32,13). En el fondo, Moisés se atreve a ‘recordar’ a Dios que debe ser Dios..., sí, pero misericordioso. Su pueblo le ha sido infiel, a la primera de cambio, pero Él no puede permitirse ese lujo. Ha dado su palabra, y la tiene que cumplir: está en juego su propia credibilidad. Por tanto, *«arrepíentete de la amenaza contra tu pueblo»*, le espeta con autoridad (32,12). No se sabe si admirar más la osadía de Moisés, orando, o la fidelidad de Dios, arrepintiéndose *«de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo»* (32,14). Dios supera su ira, mejor, se desdice de sí mismo, con tal de no perder a un pueblo que ya le pertenece, aunque se sepa no querido por él; un pueblo que ya es suyo, pero no del todo.

Que Moisés haya conseguido convertir al perdón a un Dios airado, no significa que no lo defienda ante y contra quien lo había ofendido. E inicia una durísima campaña de purificación, que alcanza a todos los implicados: primero, al pueblo, que se ha de tragar, literalmente, su propio pecado (32,30: *«encendido en ira, tiró las tablas y las rompió al pie de la montaña. Después agarró el becerro que habían hecho, lo quemó y lo trituró hasta hacerlo polvo, que echó en agua y se lo hizo beber a los hijos de Israel»*). Luego a Aarón, el líder (32,21-24), por cuya condescendencia (cfr. 32,1-2), *«el pueblo estaba desenfrenado, expuesto a la burla de los enemigos»* (32,25). Finalmente, a los que prevaricaron, *«unos tres mil»* (32,28), que morirán a manos de levitas, quienes no perdonaron ni *«a su hermano, a su amigo y a su vecino»* (32,27). Dios había perdonado el pecado, pero no todos estaban a su favor; con un grito había convocado Moisés (32,26: *«¡a mí los del Señor!»*) a los que habían quedado fieles al Señor. Cuantos no quisieron estar con Dios no lo estarán jamás.

Solo entonces vuelve Moisés a encontrarse con Dios para comprobar si Dios se ha arrepentido y si él ha logrado que perdone al pueblo: no las tenía todas consigo (32,30). En esta segunda oración (32,31-34) Moisés deja de ser mediador para ofrecerse como propiciación: por amor a su pueblo pide a Dios que o perdone el pecado o lo borre a él del libro (33,33). Dios reacciona reiterándole la misión (33,34: *«guía a tu pueblo al sitio que te dije»*) y enviándole a un ángel como compañero de viaje (33,33). Dios no irá ya con el pueblo que no lo quiso como guía (33,3) y que se había dado un dios (32,1). A continuación, Moisés instala la tienda del encuentro fuera del campamento (33,7-11), pues Dios no convive entre quienes lo han desechado. En ella, en cambio, *«el Señor hablaba con Moisés cara a cara, como habla*

*un hombre con un amigo»* (33,11). Y hablándole de hombre a hombre, Moisés pide a Dios que vuelva a acompañarlos: la presencia y liderazgo de Dios entre su pueblo será la prueba de su arrepentimiento. Dios, por fin, cede: *«También esto que me pides te lo concedo, porque has obtenido mi favor y te conozco personalmente»* (33,17). Moisés logra no sólo que Dios se arrepienta de su ira, sino que, además, retorne a la convivencia con el pueblo.

Porque Moisés logra que Dios se recupere de su enojo, Israel recupera a su Dios, que se digna descender y quedarse allí (34,5), en una tienda, como un peregrino más, entre ellos. Pero a distancia, el pueblo se acercará a su Dios si sale de sus tiendas. Y pueden, juntos, renovar la Alianza (34,1-35). Ahora Dios no querrá a nadie en su presencia (34,3), sólo a Moisés (34,5). Y no se dejará ver por nadie, ni siquiera por Moisés que se lo había pedido (33,19-20.23: *«Haré pasar ante ti toda mi bondad..., pero mi rostro no lo puedes ver»*. *«Podrás ver mi espalda, pero mi rostro no lo verás»*). Es en este preciso momento, cuando Dios desciende junto a Moisés (34,6) y le explica su nombre (33,19). Hablando en tercera persona, como describiendo a otro, se retrata a sí mismo antes de concertar una alianza y hacer maravillas *«como no se han hecho en ningún país ni nación»* (34,10). Dios vuelve a ser quien era. Y aunque nadie lo puede ver, todos pueden oír quién es, y de su propia boca.

<sup>6</sup>El Señor pasó ante él proclamando:

*«Señor [es] Señor, Dios  
compasivo y misericordioso,  
lento a la ira  
y rico en clemencia y lealtad,  
<sup>7</sup>que mantiene la clemencia hasta la milésima generación,  
que perdona la culpa, el delito y el pecado,  
pero no los deja impunes y castiga la culpa de los padres en los hijos  
y nietos, hasta la tercera y cuarta generación».*

<sup>8</sup>Moisés al momento se inclinó y se postró en tierra.

Posiblemente la más antigua – y solemne – fórmula de fe en el Dios compasivo,<sup>52</sup> va puesta en boca del mismo Dios (34,6-7). Esta autoproclamación divina es sorprendente tanto por su contenido como por el contexto en el que va inserto. A diferencia de otros credos (20,2; Dt 6,21-23), no se menciona ningún hecho histórico. El Dios que acababa de ser repudiado por su pueblo es el Dios que, antes de sellar la [segunda] alianza, dice *quién* es, se describe a sí mismo enumerando sus atributos. No quiere dejar a la imaginación del pueblo su propia identidad y se define a sí mismo. Así no podrán ‘fabricarse’ otros dios. Ya saben quién es y a qué atenerse.. Que se compadeciera y perdonase era convicción común en el imaginario

---

<sup>52</sup> Cfr. Éx 33,19; Núm 14,18; Dt 4,31. Cfr. 2 Crón 30,9; Neh 9,17.31-32; Jl 2,13; Jon 4,2; Miq 7,18; Sal 78,38; 86,5.15; 103,8; 111,3; 112,4; 116,5; 145,8; Eclo 2,12; Sab 15,1.

compartido de las religiones de la zona; no lo era, en cambio, la asimetría que existe entre gracia e ira.

Esta es la segunda vez que Dios revela su identidad. En la primera, dio a conocer su nombre cuando descubrió a Moisés su voluntad de liberar a Israel (3,13-15). En la segunda, desveló su identidad también a Moisés, antes de hacerse aliado de Israel (34,6-7). La primera vez Dios se dio un nombre tras oír las quejas de un pueblo oprimido; la segunda, Dios describió su persona antes de aliarse con quien lo había traicionado. La primera vez reveló su nombre, antes de crearse un pueblo de su propiedad; en la segunda, revela su identidad cuando se hace presente entre su pueblo. En ambos casos, aunque las circunstancias fueran diversas, no utiliza el lenguaje del poder absoluto, sino el del amor compasivo. Se define como un ser a quien le entenece la opresión y está dispuesto a soportar la traición. Más que en un ser para sí, que en sí piensa, es un ser para los demás, que está allí por ellos.

34,6-7 está formulado con destreza: a tres proposiciones adjetivales (34,6) corresponden otras tres participiales (34,7). Las primeras afirmaciones califican más el ser, las segundas describen el hacer; los participios son la explicación de los adjetivos, éstos expresan los rasgos típicos de Dios, aquellos su realización. Cuatro veces menciona Dios su benevolencia; dos habla del castigo. El contraste entre misericordia («*mantiene la clemencia hasta la milésima generación*») y justicia («*castiga la culpa de los padres... hasta la tercera y cuarta generación*») queda descompensado por la magnitud de la gracia.

«*Compasivo y misericordioso*», la repetición inicial de dos epítetos (ternura y piedad), en la práctica sinónimos, resalta la idea de una implicación materna y una benevolencia hacia el inferior de quien le es superior (cfr. Neh 9,16.31). «*Lento a la ira*» subraya lo dicho desarrollando uno de sus efectos: su ternura lo hace lento en reaccionar; poco antes había pedido permiso a Moisés para dejarse llevar por la ira (32,10: «*déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos*»). «*Rico en clemencia y lealtad*» describe el ser mismo de Dios, cuya riqueza es sobreabundar en benevolencia y fidelidad, una fórmula clásica en la descripción de la naturaleza de Dios.

Precisamente es *clemencia (hesed)* la palabra que sirve de gozne entre la primera y la segunda serie de aposiciones. Su clemencia no tiene límite, la «*mantiene hasta la milésima generación*». No dice que sea eterna, sino que alcanza a la generación mil, una generación apenas imaginable. La prueba de su ilimitada benevolencia es que soporta cualquier pecado; a notar que es la única vez que se apilan tres nombres diversos para aludir a la transgresión («*culpa, delito, pecado*») y que el participio, en presente, tiene valor durativo: su perdón es permanente y para cualquier clase de pecado.

La descripción se cierra con una afirmación inesperada, en aparente contradicción con lo dicho: «*perdona los pecados, pero no los deja impunes*», más aún «*castiga la culpa de los padres en los hijos y nietos, hasta la tercera y cuarta generación*». En el

imaginario del pueblo bíblico la responsabilidad no era individual, sino colectiva; bendición y maldición recaían no sólo sobre el culpable sino sobre el grupo al que pertenecía, fuera familia, clan e incluso nación (1Sam 12,1-2; 1 Re 4,12-13; Job 42,16). La cuarta generación era el límite de la vida del padre de familia: el culpable es sancionado, y lo vive, en los que más ama. A la base hay una concepción del pecado extraña para el hombre de hoy: además de decisión personal es un hecho objetivo, que libera el mal en el mundo. Sea por el bien, sea por el mal – no hay otro principio en un pensamiento monoteísta – se debe responder siempre ante Dios.

El concepto de Dios que resulta es el un Dios de amor. Pero que no es inofensivo, ni bonachón o irresponsable. Dios dice de sí mismo, que es paciente, pero no débil. No por el hecho de ser Él bueno deja sin respuesta el mal hecho. Precisamente porque ama el bien, castiga el mal. El mensaje de 34,7c no neutraliza el amor apasionado de Dios, lo refuerza. La gracia se extiende a mil generaciones, el castigo no llega, a lo sumo, más que a la cuarta. Cuando termina de castigar, sigue todavía mostrándose clemente y misericordioso.

Moisés reacciona, como debe un creyente en presencia de su Dios, adorándolo «*al momento*» (34,8). Pero mediador siempre, sigue intercediendo por su pueblo, de dura cerviz: «*que mi Señor vaya con nosotros, aunque es un pueblo de dura cerviz; perdona nuestras culpas y pecados y tómanos como heredad tuya*» (34,9). El Señor, *compasivo y misericordioso*, deja su enojo y retorna a su pueblo: «*Yo voy a concertar una alianza*» (34,10). La comunión con Dios no reposa sobre la santidad del pueblo, sino en las entrañas de misericordia de Dios.

## **2. La vida**

El drama no puede haber sido expuesto con mayor nitidez. Mientras Dios y Moisés están redactando el convenio que gobernará la relación entre Dios e Israel, el pueblo cree haberse quedado sin líder y sin Dios. Fue la ‘soledad’ lo que les llevó a fabricarse un dios a su medida, fundido con sus bienes, conforme a sus necesidades: precisaba Israel de enorme energía y buenas piernas para atravesar un desierto y se dio un becerro, pesado y cuadrúpedo. Querían un guía al que ver y un Dios que nunca los dejase, que siempre los condujera; y obtuvieron una imagen sin vida, a la que tendrán que arrastrar si quieren tenerla cerca. Dioses fabricados artesanalmente pueden resultar más dóciles, menos libres, mejor imaginables, pero no sirven para liderar, ni siquiera son buenos acompañantes; en lugar de encargarse de quien los ha hecho, son su carga y su maldición. Pero por habérselos creado nosotros mismos, según nuestras necesidades, nos resultan más familiares, menos exigentes. Y desgraciadamente, por dejar que el único Dios se encargue de nosotros, tendemos a cargarnos con tantos dioscecillos.

No le salió barato a Israel el dios que se dio. Todos tuvieron que entregar lo mejor que poseían. Fabricarlo con sus propias manos pudo hacerlo mejor conocido, pero Israel se empobreció más aún. Es lo que pasa siempre: el dios que nos creamos, imaginado como está según nuestros apetitos, es un dios que no logra satisfacernos.

Israel, bien mirado, no pretendía darse un dios nuevo, querían el mismo, «*el que los había sacado de Egipto*» (32,4), pero cercano e imponente, visible y palpable. La ilusión de tenerlo entre ellos, la fortaleza que inspiraba su figura, cuadrúpedo para un pueblo en camino, los llenó de alegría y fiesta. Sobrecoge pensar que como creyentes podamos desearnos un dios que llene mejor nuestra soledad y lo forjemos con nuestras propias manos y nuestros mejores bienes. Y alarma aun más que un dios, creación nuestra, pueda sustentar por un tiempo el culto y la danza, la alegría de vivir y las ganas de compartirla. No es pequeña, ni infrecuente, la capacidad que tiene el creyente de festejar dioses nuevos que no hacen, a la postre, más que arruinarlos.

Quien está llamado, como Moisés a liderar salvación, no puede abandonar a su pueblo, aunque tenga buenos motivos: poder convivir con Dios más tiempo y pactar con El una alianza nueva. El mediador que deja a su pueblo lo lleva, incluso sin quererlo, sin ni siquiera sospecharlo, a la apostasía. Un pueblo sin líderes tiende a la desesperanza, andar sin pastores descarría al rebaño. No hay mejor ocupación para un mediador que quedarse en medio de los suyos. Ni mejor recompensa.

Resulta sintomático que fuera Dios el primero en advertir la traición de su pueblo y le diera a conocer a Moisés lo que estaba ocurriendo. El representante del pueblo estaba tan ocupado con lograr un buen pacto con Dios, que no podía imaginarse lo que Israel se procuró. La decepción de Dios es apenas descriptible: siente la tentación – ¡y tienta a Moisés! – de deshacerse de un aliado tan poco fiable, «*de tan dura cerviz*» (Ex 32,9). Despechado, piensa que bien podría ‘crearse’ otro pueblo, descendiente no ya de los padres sino de su fiel mediador, Moisés. Y se atreve a rogárselo. Una salida, tan a la desesperada, no surge más que de un corazón muy lastimado, el un amante menospreciado. ¿En qué me apoyo para conjeturar que Dios permanece impassible ante mis desprecios o deslealtades? Si no sufriera de desamor, no nos habría nunca amado. Si no pensara alguna vez en retirar su elección, es que nunca me habría escogido.

Moisés ‘salva’ a Dios de su malestar y le convence a que se arrepienta de su ira con una hábil plegaria de intercesión. Logra que Dios se fije en sí mismo y deje de mirar la maldad de su pueblo. Consigue desviar la atención del Dios herido con dos buenas razones. La primera es la más obvia: ¿qué dirán de El los egipcios, testigos de su personal intervención? ¿No pensarán que Dios habría salvado a unos esclavos con mala voluntad, para mejor exterminarlos en un desierto? El buen nombre del buen Dios está en juego. Y Dios, le recuerda Moisés, no se lo puede permitir. La segunda razón que presenta Moisés le atañe a Dios aún más personalmente: el pueblo ha sido infiel, es un hecho; pero Dios no puede permitirse ese mismo lujo. Liberado, Israel tiene que hacerse libre para poder ser fiel; Dios, en cambio, liberador no puede desdeñarse; ha dado su palabra y tiene que cumplirla. Puesto que la fidelidad a sí mismo lo identifica, tendrá que arrepentirse, reponerse de su cólera, y cargar con ese pueblo.

Nuestro pueblo necesita de mediadores que, como Moisés, osen hablarle sin circunloquios y con osadía le recuerden quién es... Y que no puede hacer todo lo que se le antoje, pues es rehén de su palabra dada. Que los descendientes no sean dignos, no le libera a Él de cumplir lo prometido a sus padres. ¡Bienaventurado el pueblo que cuenta con mediadores que saben “meter en razón” al mismo Dios, hacerle cambiar de propósito, de modo que salve su honor y honre sus promesas! ¡Y bienaventurado Dios, si encuentra orantes que le impiden sentirse herido por la deslealtad de su pueblo..., pero desaprueban sin términos medios a los ofensores de su Dios!

El mediador se hace a sí mismo no sólo estando en medio de Dios y de su pueblo, sino también exhortando a ambos a estar a la altura de sus mutuos compromisos. Y ello aunque le cueste a él la vida. Moisés había antes defendido a Dios y se había desecho de quienes lo ofendieron. Ahora defenderá a Israel presentándose él mismo como chivo expiatorio. Es durante un segundo encuentro con Dios que Moisés se atreve a retarle: si no es capaz de perdonar a Israel, que tampoco perdona a él. Identificado con su pueblo, el mediador opta por compartir su suerte, por mala que sea. Impresionado por tanta compasión, Dios no sólo le devuelve la misión de guiar de nuevo al pueblo y le confía un ángel como compañero, sino que se dejará ver por Moisés, con quien habla como lo hacen los amigos entre sí. Necesita Dios de mediadores que estén dispuestos a perderse ellos con tal de salvar a su pueblo. Necesita el pueblo de Dios de intermediarios que sepan hablar a Dios de tú a tú, como hacen entre sí los amigos.

Dispuesto a morir por el pueblo, Moisés vence la resistencia de Dios y lo lleva a arrepentirse. Le hace volver en sí, mejor dicho aún, logra que regrese a ser Él mismo. Y sin dejarse ver, *Yhwh* se presenta a sí mismo como lo que es: *compasivo y celoso, infinitamente misericordioso*, dispuesto a perdonar por mil generaciones, y *lento en la ira*, que no se apresura para castigar y que se limita a hacerlo hasta la tercera o cuarta. Que se deje llevar por su inclinación a ejercer misericordia siempre no le va a impedir que resista la maldad de alguno. Precisamente porque es bueno de verdad no permanece insensible ante quien obra el mal. Le repele el malvado, porque es, y piensa en ser, solo bondad. Los creyentes en este Dios o desesperamos de El por la gravedad y frecuencia de nuestras maldades o nos aprovechamos de El por la seguridad y la facilidad con que obtenemos su misericordia. En ambos casos, no lo tomamos en serio. No nos podemos creer que nos quiera tanto como para perdonarnos tanto o que odie tanto nuestro mal para que no lo soporte lo más mínimo. No logramos entender que su cólera es fruto de su amor vulnerado. Ni sabemos agradecer que sea siempre tan comedido cuando la usa.

### **3. Mi Dios**

Señor, no me dejes nunca solo. No permitas que me sienta abandonado de ti y de quien a ti te representa. Si tu no me habitas, mi vida se llena de ídolos que me salvan de la soledad, pero que me atan a mis deseos, que se alimentan de mi pobreza y agrandan mi vacío. Y si no me dejas, no dejes que me sienta solo, teniéndote a mi lado. Mejor que me abandones a que yo me crea abandonado. No quiero lanzarme en

brazos de otros ni dejar que entren en mi corazón, cuando Tu, Señor, lo habitas. No me dejes solo, ni dejes que me sienta solo. Temo quedarme sin Ti, sea que no te hayas ido, sea que no advierta tu presencia.

Llámame, Señor, como a Moisés, a mediar entre Ti y tu/nuestro pueblo. Cuenta conmigo para hacer las paces con quienes te han ultrajado con su infidelidad. Confía en mi tu disgusto de saberte menospreciado por el pueblo que te elegiste. Si me haces tu confidente, podré actuar representando tu amor traicionado. Pero no renuncies de tu pueblo, Señor, por más ingrato y olvidadizo que se muestre. Es el pueblo de tu elección, el que tu te escogiste para mostrarte como eres, amante fiel y cumplidor de tus promesas. A tu pueblo le recordaré tu desengaño y tu dolor; a Ti no te dejaré que olvides tu Palabra. Arrepiéntete de tu enojo, libérate de tu cólera, vuelve a ser quien realmente quieres ser para él, perpetuo aliado y único Señor.

Y ahora que te conozco mejor, porque me has desvelado tus cuitas de amor no correspondido, permíteme hablarte como un amigo. Te sentirás mejor si me tienes como confidente. Cuando te sientas defraudado de tu pueblo, búscame, que estaré esperándote para charlar a solas contigo. No pretendo verte, como Moisés quiso, sólo sentirte y saberte cerca. Compartiremos nuestro cansancio y soledad, el sentimiento de fracaso y el desencanto, empeñados como estamos en acompañar y apacentar un pueblo de dura cerviz y corto entendimiento. Nos recordaremos mutuamente lo mucho que nos necesita nuestro pueblo y nos recuperemos, juntos, de nuestras heridas y desengaños.

Aunque, bien pensado, no me necesitas para arrepentirte y retornar a ser Tu mismo. Es sorprendente que te hayas identificado como «*compasivo y misericordioso*» inmediatamente después de haber sido abandonado y haber propuesto a Moisés, el único fiel que te quedaba, iniciar con él un nuevo pueblo. No necesitas de nadie, como no precisaste de Moisés, para volver en sí y ser como eres, «*rico en clemencia y piedad*». A diferencia de nosotros, la infidelidad sufrida te convierte a una mayor compasión, el desamor te hace mejor amante. No dejas de sorprenderme, Señor. Sacas lo mejor de ti mismo, te haces aún mejor de lo que has sido, cuando tu pueblo te ha herido con su ingratitud y se ha elegido otros dioses más sencillos de manejar. Abandonado, abandonas tu ira y te conviertes en amante más tierno, paciente y comprensivo. Solo Tu eres capaz de amarnos tanto, que no te importa si te amamos menos. Solo Tu puede ser fiel siempre a quien no consigue serte fiel casi nunca.

Sin desdecirte ni una palabra de tu renovado amor, no dejas con todo de advertirnos que no permitirás que juguemos con tu perdón. Pues no «*dejas impunes el delito y el pecado y castigas la culpa de los padres en los hijos y nietos, hasta la tercera y cuarta generación*». ¿Cómo sabremos que no te quedas indiferente ante nuestras culpas, si no las tomas en serio? ¿Cómo reconocer que nos amas sin medida, si no te dejan indiferente nuestros menosprecios? ¿Aborreceríamos nuestras infidelidades si nos creyéramos que no te ofenden? Tu mismo, que te has declarado «*lento a la ira y rico en clemencia y lealtad*», nos avisas de que no ves bien el pecado, de que nos la tienes jurada si persistimos en nuestra maldad, pues la vas a perseguir, si en ella

perseveramos; acosarás nuestros mal en nosotros y en nuestros descendientes. ¡Tanto te maltratamos, cuando hacemos el mal!

Te agradezco – y me maravilla, lo admito – que tu ira se extienda, pero solo, hasta la cuarta generación, mientras que tu clemencia dura milenios. Te puedes alargar hasta cuatro generaciones persiguiendo el mal, pero permaneces siempre dispuesto a ejercer misericordia. ¿Qué pecador no se sentirá orgulloso de un Dios, que no hace la vista gorda al mal hecho, pero que se ha impuesto un límite en corregirlo? No eres, Señor, inmune a mi pecado, te duelen mis faltas, sufres cuando me domina el mal..., porque me quieres; no dejas impunes mis extravíos, porque te hago falta. Mi pecado excita el poder de tu misericordia: ¡me necesitas, Señor, para ser – y por siempre – lo que eres, «*compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad*!»; te necesito, Señor, para conocer, primero y por un tiempo, tu enojo y, para siempre, tu amor sin limites.

# 🎯 El anaquel

“Vino nuevo en odres nuevos”<sup>53</sup>

**Papa Francisco**



Queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos hermanos y hermanas:

Con alegría me reúno hoy con vosotros y con quienes prestáis vuestro servicio en el dicasterio para la vida consagrada. En especial doy la bienvenida a los cardenales y obispos que son miembros desde hace poco tiempo, y doy las gracias al cardenal prefecto por las palabras de saludo que me dirigió en nombre de todos. Agradezco al secretario y a los dos subsecretarios por este «logo» que vi ayer en *L'Osservatore Romano* pero que no entendía bien de qué se tratase; ahora he entendido.

Encuentro hermoso y significativo el título que habéis elegido para esta sesión: «Vino nuevo en odres nuevos». A la luz de esta palabra evangélica habéis reflexionado en el hoy de la vida consagrada en la Iglesia, a cincuenta años de la constitución *Lumen gentium* y del decreto *Perfectae caritatis*. Después del Concilio Vaticano II, el viento del Espíritu siguió soplando con fuerza, por una parte impulsando a los institutos a realizar la renovación espiritual, carismática e institucional que el Concilio mismo había pedido, por otra suscitando en el corazón de hombres y mujeres modalidades nuevas de respuesta a la invitación de Jesús a dejarlo todo para dedicar la propia vida a su seguimiento y al anuncio del Evangelio.

En la porción de la viña del Señor representada por quienes han elegido imitar a Cristo más de cerca mediante la profesión de los consejos evangélicos, maduró nueva uva y se extrajo nuevo vino. En estos días os habéis propuesto discernir la calidad y la maduración del «vino nuevo» que se produjo en la larga temporada de la renovación, y al mismo tiempo valorar si los odres que lo contienen, representados por las formas institucionales presentes hoy en la vida consagrada, son adecuadas para contener ese «vino nuevo» y favorecer su plena maduración. Como tuve ocasión de recordar en otros encuentros, no debemos tener miedo de abandonar los «odres viejos». Es decir, de renovar las costumbres y las estructuras que, en la vida de la

---

<sup>53</sup> Discurso del Santo Padre Francisco a los participantes en la plenaria de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, en la Sala Clementina del Vaticano el 27 de noviembre de 2014.

Iglesia y, por lo tanto, también en la vida consagrada, reconocemos que ya no responden a lo que Dios nos pide hoy para extender su reino en el mundo: las estructuras que nos dan falsa protección y que condicionan el dinamismo de la caridad; las costumbres que nos alejan del rebaño al que somos enviados y nos impiden escuchar el grito de quienes esperan la Buena Noticia de Jesucristo.

Del mismo modo que no ocultáis los ámbitos de debilidad que es posible constatar hoy en la vida consagrada: por ejemplo, la resistencia de algunos sectores al cambio, la disminuida fuerza de atracción, el número no irrelevante de abandonos —¡y esto me preocupa! Dice algo acerca de la selección de los candidatos y la formación de los mismos; luego está el misterio de cada persona, pero estas dos cosas antes debemos evaluarlas bien—, la fragilidad de ciertos itinerarios formativos, el afán por las tareas institucionales y ministeriales en detrimento de la vida espiritual, la difícil integración de las diversidades culturales y generacionales, un problemático equilibrio en el ejercicio de la autoridad y en el uso de los bienes —¡me preocupa también la pobreza! Hago publicidad de mi familia, pero san Ignacio decía que la pobreza es la madre y también el muro de la vida consagrada. La pobreza es madre porque da vida, y muro porque protege de la mundanidad. Pensemos en estas debilidades. Vosotros queréis estar a la escucha de las señales del Espíritu que abre nuevos horizontes e impulsa por nuevos senderos, partiendo siempre desde la regla suprema del Evangelio e inspirados por la audacia creativa de vuestros fundadores y fundadoras.

En la ardua tarea que os reúne, con el fin de valorar el vino nuevo y probar la calidad de los odres que lo deben contener, os guían algunos criterios orientativos: la originalidad evangélica de las opciones, la fidelidad carismática, el primado del servicio, la atención a los más pequeños y frágiles, el respeto de la dignidad de cada persona.

Os aliento a seguir trabajando con generosidad y audacia en la viña del Señor, para favorecer el crecimiento y la maduración de racimos lozanos, de los cuales poder sacar el vino generoso que podrá fortalecer la vida de la Iglesia y alegrar el corazón de tantos hermanos y hermanas necesitados de vuestras atenciones amables y maternas. Incluso el remplazo de los odres viejos con los nuevos, como habéis indicado bien, no se da automáticamente, sino que exige compromiso y habilidad, para ofrecer el espacio idóneo y acogedor y hacer fructificar los nuevos dones con los que el Espíritu sigue embelleciendo a la Iglesia, su esposa. No os olvidéis de dar gracias al dueño de la viña que os ha llamado a esta apasionante misión. Impulsad hacia adelante el camino de renovación iniciado y en gran parte realizado en estos cincuenta años, analizando toda novedad a la luz de la Palabra de Dios y a la escucha de las necesidades de la Iglesia y del mundo contemporáneo, y utilizando todos los medios que la sabiduría de la Iglesia pone a disposición para avanzar en el camino de vuestra santidad personal y comunitaria. El más importante entre estos medios es la oración, también la oración gratuita, la oración de alabanza y de adoración. Nosotros, consagrados, somos consagrados para servir al Señor y servir a los demás

con la Palabra del Señor, ¿no? Decid a los nuevos miembros, por favor, decidles que rezar no es perder tiempo, adorar a Dios no es perder tiempo, alabar a Dios no es perder tiempo. Si nosotros consagrados no nos detenemos cada día delante de Dios en la gratuidad de la oración, el vino será vinagre.

La plenaria de vuestra Congregación tiene lugar precisamente en vísperas del Año de la vida consagrada. Recemos juntos al Señor para que nos ayude en este Año a poner «vino nuevo en odres nuevos». Y en esto quiero agradecer especialmente a la Congregación, al prefecto, al secretario, por el esfuerzo realizado para la organización de este Año. Doy las gracias de verdad porque a la reunión venían con proyectos... y pensaba: no sé si lo lograrán... Y realmente, en la otra reunión, el proyecto tenía forma, tenía cuerpo. ¡Muchas gracias por el esfuerzo! Os agradezco el trabajo que estáis realizando en estos días, y el servicio que prestáis como miembros y colaboradores de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica. Que la Virgen María os acompañe y os alcance un nuevo ardor de resucitados y la santa audacia de buscar nuevos caminos. Que el Espíritu Santo os asista y os ilumine. Gracias.

